

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — Tomo XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAÑ.

Año 19. — N° 415.

Administración general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

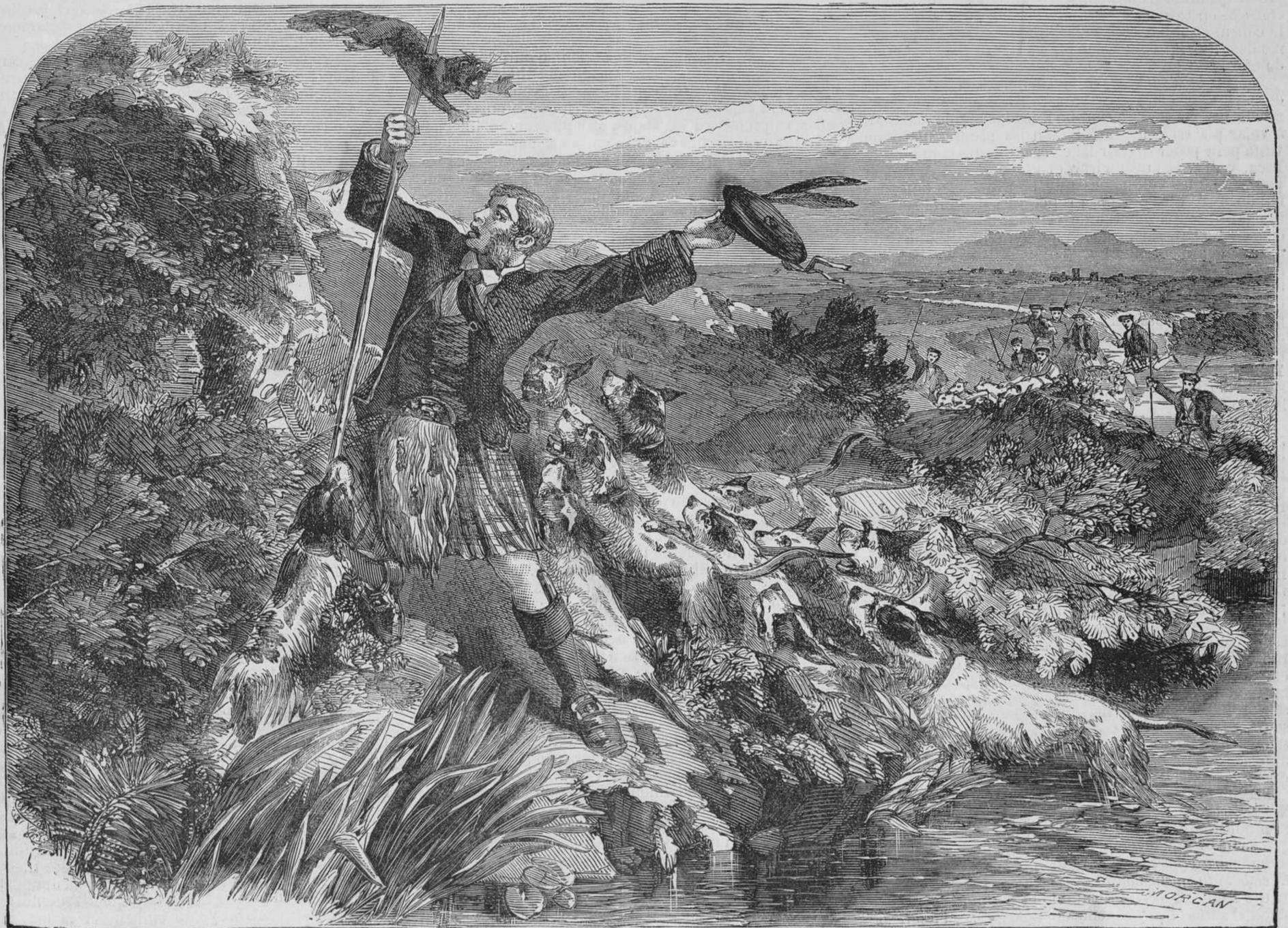
SUMARIO.

La caza de nutrias en Inglaterra; grabado. — **Revista española.** — **Jilma.** — **Sucesos de la China;** grabados. — **Teatro de la Academia imperial de música;** grabado. — **Revista de París.** — **El huérfano sobre el cadáver.** — **El ciprés.** — **Besesperacion.** — **Presentimiento.** — **Mas pormenores sobre las poblaciones de la Siria;** grabados. — **Una historia inglesa.** — **Ruinas de los templos de Zahuana;** grabados. — **Objetos de arte y curiosidades;** grabado. — **El castillo de Pierrefonds;** grabado. — **Apuntes de un viaje á la provincia del Chocó en 1853.** — **Tipos haitianos;** grabados.

La caza de nutrias en Inglaterra.

Entre las variadas diversiones que el mes de octubre ofrece al gentleman, una de las principales es la caza de nutrias; vamos á dar de ella una corta descripción acompañándola con un dibujo que representa el principal de sus episodios. Quizá es necesario principiar con algunos detalles sobre el animalito que el inglés persigue con palos y con perros, y que le procura una diversion saludable. La nutria es un carnívoro acuático que en mayores dimensiones ofrece, por la forma larga de su cuerpo, cierta analogía con la marta. Sus patas cortas tienen uñas engarabadas. Su piel

es oscura, de pelo corto, espeso y reluciente, como es en general el de los mamíferos que viven en el agua. La nutria vive en las orillas de los rios, de los estanques y de los lagos, y aun cerca del mar. Parece huir de la luz y se mantiene oculta en agujeros. Por la tarde deja su guarida para ir á buscar su alimento, y persigue á los pececillos que coge con dificultad en los rios, y que parece preferir á las ranas y otros animales acuáticos que sin embargo la sirven de alimento. Unas veinte especies están esparcidas en todos los países ofreciendo por todas partes los mismos caracteres. Sus pieles se venden caras. Las que provienen de la nutria marina de las costas del Kamtschatka se venden



CACERIAS DE NUTRIAS EN ESCOCIA.

á los chinos y á los japoneses á precios que llegan á 4,500 francos la pieza. La nutria permanece largo tiempo bajo el agua y nada con rapidez. El agujero que la sirve de guarida está guarnecido cuidadosamente de yerbas secas, y allí cria á sus pequeñuelos.

Poco tenemos que decir sobre la caza de la nutria, una vez que publicamos el dibujo en que está representada. El cazador y sus compañeros armados de palos y seguidos de perros enseñados especialmente para esta caza, se hace guiar hácia los lugares habitados por el animal, que asustado por los gritos de los cazadores y los ladridos de los perros sale de su retiro y se mete en el agua; el cazador se lanza en seguida en su persecucion y va siguiendo sus movimientos todos, que á veces entorpecidos por algun obstáculo, le permiten atravesar su cuerpecillo; entonces alza su presa con orgullo, y al sonido de la trompa llama victoriosamente á sus compañeros.

Esta caza suele durar mucho, y para asegurar la presa el cazador necesita buen ojo y mucha destreza en la mano. La diversion agrada mucho en el Norte de la Inglaterra, y mas aun en Escocia, donde hemos colocado la escena que se ve en nuestro dibujo. L. M.

Revista Española.

Manual de literatura. — El crítico. — Tomo segundo del calendario. — Modelos de críticas literarias. — Delicias del invierno. — Teatros. — El sol de invierno. — Zarzuelas. — Dos nuevas compañías. — El Teatro Real. — Premios á los pintores. — Fuente restaurada. — Boda de infantes. — Recompensas á la virtud. — Eglogas y elogios de la vida campestre.

Dejamos, carísimos lectores, el mes anterior olvidada en el tintero la parte del *Manual teórico-práctico-filosófico de la literatura corriente*, para dar lugar á mas urgentes asuntos; pero hoy voy á empezar mi tarea por el capítulo II de aquella obra, á fin de no privar de sus grandes máximas al CORREO DE ULTRAMAR. Trata el susodicho capítulo *De la crítica*, en esta forma.

El crítico es un número de pluma, que tiene por arma un incensario y un látigo; y la crítica, hija legítima de aquel, es la escala, cuyos peldaños se forman con los defectos ajenos, y que conduce al que la sostiene y á sus amigos hasta el templo de la gloria.

Para hacer críticas que gusten, no se necesita ciencia, pero sí hace falta al crítico lo que á los besugos: frescura abundante. El que ejerza este ramo de industria, debe manifestar que lo sabe todo, haciendo acopio de palabras retumbantes, y dando su voto y sus consejos en toda clase de materias sin aguardar á que le consulten. No necesito clasificar los diferentes géneros de crítica, porque estas reglas sirven para cada uno de ellos.

Revista bibliográfica. — Muchísimas son las arrobas de papel que en los presentes días se consumen para servir de carruaje de camino á las ideas que echamos á volar por esos mundos. Sudan las prensas mares de tinta para poder digerir las cosas que les ponen en la boca, y apenas puede girar el globo terráqueo con el peso de tantos volúmenes que se van en él amontonando. Pero ninguna obra conocemos de tanta importancia, ninguna que tan de cerca interese á la felicidad de nuestro país, como la que en estos días ha dado á luz el eminente escritor don Pedro de los Palotes. Nosotros, que hemos tenido la honra de dar consejos al autor de tan precioso libro, vamos, sin temor de que se nos tache de parciales, á revelar su título y algunas de las cosas mas notables que contiene para asombro de las naciones extranjeras. Tan útil juzgamos su lectura. Llámase el trabajo del señor Palotes *Tomo segundo del calendario*, nombre que indica por sí solo la colosal empresa que ha concebido aquel sabio literato.

Con efecto, ¿qué obra mas útil que el calendario? ¿Cuál mas leído ni que corra mayor número de manos en España? Y ya se sabe que el público es siempre el mejor juez en materias literarias; por eso los libros de que mas ediciones se agotan son las cartillas, silabarios y demás tratados para la humanidad en embrión, en cuyas sublimes al par que sencillas páginas aprendieron á enterarse de los ajenos pensamientos los que despues llenaron el mundo con su nombre, y por eso finalmente el calendario es el libro mas útil, mas ventajoso y mas indispensable para toda clase de personas. ¿Cuánta no será pues la importancia de su segundo tomo! Todas las materias que faltaban en el primero, están tratadas en este con la mayor claridad, y en estilo correcto y poético. La forma, la *façon* de este obra es excelente; las ideas que da á conocer pertenecen á las mejores escuelas filosóficas, y todas sus sentencias son profundamente civilizadoras. Si en nuestra patria se premiase el mérito como en las demás naciones, el señor Palotes tendría ya una posición honorífica y desahogada; pero ya que no esto, tiene por lo menos nuestra completa aprobación.

Revista dramática. — El teatro de L. — La señora de X. — *Escarbar para echarse.* — Música y bombo. — Fecundísima ha sido esta semana en novedades, como que se ha estrenado en el teatro de L. el vaudeville *Escarbar para echarse*, y el drama que tiene por nombre *El embozado en un tabique*. El primero fué deplorablemente recibido, pero en cambio el segundo pertenece al género filosófico y ameno de Boucharly, desenvolviendo el pensamiento nuevo de que los hombres son

muy malos en un argumento ameno y lleno de altas situaciones dramáticas. ¡Qué caracteres aquellos tan bien ideados! El de la princesa, por ejemplo, mujer espiritual, llena de inocencia, pura como la luna, bella como una huri, que regaña con su padre y asesina á su marido, y el del conde tan noble y tan dispuesto á mátar en desafío al lucero del alba que le falte al respeto.

De la versificación no hay que decir sino que es obra de un afamado autor. En fin, el drama es una creación, una perla de la escena española, salvando sus abundantes inverosimilitudes, sus faltas históricas, sus muchos galicismos y su versificación descuidada. Siga por este camino el aplaudido vate, y le presagiamos un museo de coronas y laureles.

La ejecución fué completa; la señora X. se excedió á sí misma, y los señores B. y H. se pusieron á una altura en que nunca los habíamos visto, sobre todo en el diálogo que tienen sobre un tejado.

El autor y los actores fueron llamados al palco escénico; inusitada distincion que prueba que el público premia siempre á los que lo merecen.

En el teatro de música italiana se ha cantado por fin la ópera *I maccaroni di Bologna*, del distinguido maestro Scaramuccini. Cuanto quisiéramos decir de este *spartito* sería poco relativamente á su mérito. De los artistas que le interpretaron, diremos que la señora Marcolfini es una triple *sfogato di primissimo cartello*: no tiene rival en las notas *splanatas*, así como el barítono Mengani tampoco le tiene en los cantos de *bravura*, aunque cuida poco de su *gola*, y es muy aficionado á *floriture*. La orquesta y coros, en los que no hay chicas bonitas, estuvieron fatales, excepto en los *crescendos*. Es preciso que el inteligente maestro al *combato* M. Familasol se cuide mas de la dirección de las *pruovas*.

Hasta aquí el capítulo segundo de mi manual. Y antes de seguir, acerquémonos á la chimenea á darnos un calentón de manos. ¡Qué buena cosa es el invierno! Los poetas, que lo mismo alaban los campos de mieses doradas de julio que el cielo forrado en nubes de diciembre; los poetas, que por lo comun no acostumbra llamar al pan pan y al vino vino, dicen que la estación de las lluvias y los frios es la época de la meditación. Con efecto, si consideramos despacio lo largo de las noches en aquellos meses, preciso es confesar que durante ellas hay tiempo para pensar en muchas cosas, de puro largas que son. ¿Pues y cuando empieza á caer agua y mas agua de la bóveda celeste, y se pasan días y mas días sin que el sol nos enseñe un tantito de su cara? ¡Qué triste se pone entonces la naturaleza, y qué ideas tan tétricas se nos ocurren! Por eso creo firmemente que las églogas no se hubieran inventado nunca en Inglaterra. El sol, digan lo quieran los aficionados á la meditación, el sol es quien inspira los grandes pensamientos, los hechos heroicos. ¡Cuánto mejor se pasa el tiempo mirando la bóveda celeste en un día templado del invierno, que contemplando los tizones de la chimenea en un día de nieve! El gozar con el chisporroteo de los encendidos leños es propiedad de viejos, que piensan al amor de la lumbre sentir nueva vida en sus venas, y encuentran extraordinario placer en ver las mil variadas formas en que envuelven las llamas los trozos de encina. Pero el alma del joven halla mas motivos de meditación, y de meditación agradable, en medio del campo. El albor de la mañana recuérdale la alegría de la existencia feliz, la esperanza y los amores; el despejado horizonte del Mediodía le hace pensar en la tranquilidad de conciencia que prestan el trabajo y el estudio, y cuando el astro de la luz se hunde en el espacio entre rojas nubes, hace proyectos para mañana, ocupacion dulcísima, porque el pensar en obtener una cosa deseada, es casi mas agradable que el poseerla sin habernos costado ningun pesar antes de hacerla nuestra.

Son pues los rayos del *sol de invierno*..... pero dispensen Vds., señores lectores, ahora que hablamos del *sol de invierno*, sepan Vds. que con este nombre se ha representado en el teatro del Príncipe una comedia que ha logrado atraerse por completo las simpatías del público. Su autor es don José María Marco, ya ventajosamente conocido en la escena por otra producción aplaudida en el mismo teatro. *El sol de invierno* es una comedia sencillísima, sujeta á las unidades, y en que solamente figuran cuatro personas. Una viuda joven profesa la opinion de que la mujer, para conseguir que el marido no se distraiga en su cariño, debe tenerle sujeto constantemente; mientras su hermana, que está casada y es feliz en su matrimonio, se anticipa á todos los deseos de su marido, logrando por este sistema que él la pague en la misma moneda exactamente; y uno y otro aumentar en amor cada día. Amante de la viuda un joven que ha venido á la corte con ocasion de un pleito, y que tiene miedo al matrimonio, juzgala de genio complaciente hasta el momento de pedir su mano, en que ella dejando la dulzura empieza á poner en práctica su sistema, abrumándole á disgustos, y consiguiendo aburrirle y hacerse odiosa con sus caprichos y exigencias.

En tal estado su matrimonio se hace difícil, y eso que ambos uovios amábanse muy de veras. El amante preparase para volver huyendo á Andalucía, cuando la otra pareja, modelo de casados, aconseja a la viuda que pruebe fortuna variando de sistema por una temporada. Hácelo así efectivamente, y en vez de impedir á su futuro que salga á la calle cuando se le antoja, ahora es ella misma quien le pone en la mano el sombrero para que se vaya; si antes le prohibía fumar obligándole a tirar el cigarro, ahora le regala ella mis-

ma una petaca llena de ellos, y le enciende un tósforo invitándole á probarlos. Con tales muestras de cariño y de confianza declárase vencido, y despues de corresponder con otras no menores, dobla el cuello al yugo del matrimonio, que antes creyó pesado y ahora le parece de rosas y jazmines.

Tal es pues la obra del señor Marco, de la cual resulta un pensamiento moral: que para ser felices los casados, basta con que mutuamente se dispensen sus impertinencias y se perdonen sus defectos, considerando que nadie está libre de ellos. Con tan sencillo asunto ha sabido el poeta interesar á los espectadores, sin que nunca parezca cansado y monótono, lo cual no es pequeña muestra de habilidad y de ingenio. Situaciones por extremo cómicas, diálogo animado y chistes de buen género, nunca chocarreros ni de esos que hacen reír solo por lo subido de su color, son prendas que aumentan el mérito de esta obra, la que mas representaciones ha logrado hasta ahora en aquel teatro.

El sol de invierno es pues durante noviembre la única obra de verdadera importancia literaria que se ha visto en los teatros de Madrid; las demás solo pueden considerarse como trabajos hechos sin pretensiones y para proporcionar entradas á los empresarios. Y por cierto que todos los demás estrenos son de zarzuelas; si exceptuamos el drama representado por el señor Arjona con el título de *La vuelta de presidio*, drama de esos de costumbres populares como los llaman los carteles, escritos con el fin moral de asustar niños. Las representaciones de *La vuelta de presidio* no han sido mas que dos por haberle retirado su traductor don José María Diaz.

Con el nombre *A cual mas feo* se ha visto en el Circo un nuevo arreglo de la comedia *El hombre mas feo de Francia*. Al público le interesó poco, como habia sucedido el mes anterior con *La cruz del valle*, y como tiene que suceder siempre que los autores se empeñen en dar como nueva una cosa vieja, por mas que la adornen con trozos de música, que tal vez solamente sirven para hacerla mas desconocida, y por lo tanto para que el público ni aun tenga las consideraciones debidas á la amistad antigua.

Doña Mariquita, *A rey muerto rey puesto* y *El magnetismo animal* son todas zarzuelas en un acto. La primera es de don Carlos Frontaura con música del señor Oudrid; de este mismo es la segunda, siendo el libreto de don Luis Rivera, y la última traducida del francés, tiene por autor lírico al señor Reparaz. La primera y la última han parecido demasiado alegres para la escena; y la segunda debe gran parte de su éxito á las abundantes alusiones políticas de que está llena, medio de obtener éxito seguro, pero efímero, pues los sucesos políticos pasan tan de prisa, que las alusiones que hoy nos hacen reír á carcajadas, de seguro mañana no las entendemos.

El teatro de Novedades ha abierto sus puertas con el drama del señor Rubí *Isabel la Católica*, y el de Lope de Vega con *Don Juan Tenorio*. Ni uno ni otro parecen presentar grandes esperanzas de fortuna, pero sin embargo la compañía del primero es mas escogida que la del segundo.

El Teatro Real está en prosperidad este invierno: no es esto decir que hagan efecto todas las óperas que allí se han cantado, sino que al público le da por ir á un sitio, y va siempre hasta que le cierran la puerta. La empresa, por lo mismo que aquel señor le ha demostrado esa predilección, ha subido los precios de las localidades al que tenían en contaduría, y el de estas en las primeras representaciones. En este teatro consiguen frecuentes y ruidosos aplausos las señoras Julienne Dejean y Charton Demeure, y los señores Fraschini, Bellart y Bouché; la compañía es numerosa y buena, y las óperas *Las visperas sicilianas*, *Lucrecia*, *Lucia*, *Sonámbula* y *Favorita* se han visto perfectamente ejecutadas.

El jurado de la exposicion de pinturas ha hecho ya la repartición de premios: los dos primeros corresponden á los cuadros que representan la muerte de los comuneros y la aparición de los Carvajales á Fernando IV, no habiéndose adjudicado la medalla de honor, que como recompensa ofrece el reglamento al lienzo que se distinga de un modo notable sobre los otros. Para obtener este honor es preciso conseguir las dos terceras partes de los votos, y al señor Gisbert, autor del primero de aquellos cuadros, le ha faltado uno para completar este número. Ahora volverá nuevamente á abrirse al público el salon, engalanándose las obras premiadas con coronas de laurel, que indican su victoria.

El día 19 para celebrar los de la reina se inauguró la fuente refundida de la calle de la Montera. Construida para celebrar el nacimiento de Doña Isabel II bajo la dirección del arquitecto don Custodio Moreno, sirvió desde entonces para uso de los aguadores y del vecindario, teniendo algunos surtidores destinados al ornato, pobres siempre de agua. Ahora, aumentado su caudal con la del Lozoya, se han enviado á otra parte, no muy desahogada por cierto, los aguadores, ha crecido en anchura el pilón haciéndose uno nuevo que no tiene gran belleza, y se han colocado unas conchas en el cuerpo bajo de la fuente, adornos que antes no existían, y que no embellecen gran cosa el conjunto. Sin embargo la altura á que se elevan en este monumento las cristalinas linas del Lozoya, y la abundancia con que salen por las bocas de aquellos delfines y aquellas ranas contribuyen á embellecer la hermosa calle de la Montera.

Otro de los acontecimientos del mes de noviembre es

la boda del infante Don Sebastian con su sobrina la infanta Doña Cristina, hermana del rey. Los novios se han instalado en la casa llamada de la Fábrica de Cristales, propiedad de la reina, situada en la hermosa calle de Alcalá, y que se está amueblando con lujo para hospedarlos.

La sociedad denominada Económica matritense ha dispuesto repartir premios á las clases pobres por acciones virtuosas, á imitación de lo que hacen otras sociedades de Cataluña. Para llevar á cabo este buen pensamiento, han tenido reuniones los individuos de aquellas, y se ha presentado una comisión á la reina. También la junta de beneficencia municipal de Madrid ha publicado el programa para adjudicación de premios de la misma clase que ha de tener lugar solemnemente el 20 de diciembre próximo en las casas consistoriales. Seis son los premios ofrecidos, cada uno de á 4,000 reales, teniendo opción á ellos los que con un jornal de 10 reales á lo sumo hubiesen recogido un huérfano desprovisto de apoyo y menor de cinco años; los que viviendo del mismo trabajo hubiesen mantenido á sus padres ó hermanos impedidos, imponiéndose por ello privaciones; el que exponiendo su vida haya logrado salvar la de otro de un inminente peligro; el criado ó criada cuyo salario no ascienda de 60 reales y mas años haya servido á sus amos, prestándose actos notables de fidelidad; el padre de familia que imponiéndose mas privaciones consiga dar carrera á sus hijos; y finalmente, el artesano que careciendo de recursos para establecerse, resulte digno de especial consideración por su conducta irreprochable y su honradez.

Laudable es el pensamiento de premiar las acciones virtuosas, y mucho mas hoy que tanta falta hace robustecer y arraigar en el corazón de los pobres los sentimientos de caridad cristiana, que las ideas sábias y filosóficas del siglo tratan de reemplazar con aspiraciones orgullosas y desconsoladoras. Premiese la virtud y engrandézcase á los ojos de todos á fin de hacer ver lo dulce que es practicarla; y no por el placer de la recompensa, sino puramente por la tranquilidad de ánimo que resulta de ser bueno llegarán á serlo no pocos de los que marchan extraviados por el camino del mal, que es ancho, pero lleno de abrojos y precipicios.

El pensar en virtudes trae á la memoria el siglo de oro; ¡qué felices debían ser los hombres cuando andaban por los bosques en cueros y con las manos en los bolsillos como dicen en cierta comedia! Cuando uno lee las églogas de Virgilio, se volvería pastorcito de buena gana; ¡oh los pastorcitos! y ahora que viene Nochebuena, y podría uno tocar el rabel y la zampoña, dulcísimos instrumentos al lado de los cuales nada son los pianos y los organillos. Y pues que todo es revista, y yo me entusiasmo y siento arder mi mente en el fuego de la poesía ¿porqué no hemos de ver un cuadro pastoril? Miradle, lectores queridos.

A la sombra de los cielos
Estaba el pastor Zamorro,
Quejándose de su suerte,
Mas negra aun que sus manos.

Y cuando mas berreaba,
Fuese un zagal acercando,
Tiróle de las orejas
Y dióle luego un sopapo.
No flores mas, animal,
Le dijo; calla, borracho,
Coge pronto tu zambomba,
Y cantaremos un rato.

También á mí me quería
Teresona y me ha olvidado,
Y ya tan solo conservo
Por recuerdo sus regalos.
Un pedazo de sus ligas,
Que es este cordel de esparto,
Y unos pelos que me dió
Cuando se estaba peinando;
Un puchero y un baston,
Mas gordo casi que un árbol,
Un cuerno para beber,
Una sarten y un zapato.

¡Ay cuántas y cuántas horas
Pasé cantando á su lado,
Y cuántas veces me dijo
Que cantaba como un grajo!
¡Cuántas veces por cantar
A la puerta de su cuarto
Me vertió encima un caldero
Y me dejó tiritando.

Y á fe que bien conocía
Que era el pastor mas gallardo,
Que si soy algo moreno
Es porque no soy mas blanco.

Calló el pastor despues de esto,
Agarró el rabel y el arco
Y cantó de esta manera
Mientras lloraba Zamorro:
« Adios, adios, Teresona,
La de los colmillos largos,
Adios, la ninfa gallarda,
Que tiene por cnerpo un sacco.
Adios, que ya no veré
Tu rostro amarillo y chato,

Si no cuando estés delante

Y te estuviese mirando.

Y si acaso me muriera,

Que no lo quieran los santos,

No podré vivir, zagala,

Y me buscarás en vano. »

Por si acaso despues de mi égloga dudase alguno de lo buena que es la vida del campo, oiga lo que decia el Horacio español Fray Luis de Leon, el mas dulce y profundo al mismo tiempo entre nuestros poetas.

... « Mas al revés la vida del campo y el labrar uno sus heredades es una como escuela de inocencia y verdad; porque cada uno aprende de aquellos con quien negocia y conversa. Y como la tierra en lo que se le encomienda es fiel y en el no mudarse es estable, y clara y abierta en brotar á fuera y sacar á luz sus riquezas y para bien hacer liberal y abastecida; así parece que engendra é imprime en los pechos de los que labran una bondad particular y una manera de condicion sencilla, y un trato verdadero y fiel, y lleno de entereza y de buenas y amigas costumbres, cual se halla con dificultad en las demás suertes de hombres; allende de que los cria sanos y valientes y alegres, y dispuestos para cualquier linaje de bien. »

Con este trozo y con mis reflexiones, ¿no se convencen Vds. de lo agradable que es el campo, sobre todo ahora que llueve? Animo pues, que yo ya tengo encargada una casa en las cercanías de Madrid para escribir en ella la revista de diciembre.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Madrid 30 de noviembre de 1860.

Jilma

EPISODIO DE LA HISTORIA DE LOS MUISCAS.

Jilma, la mas bella de las hijas de Nemequene, la flor de los campos, como lo decia su mismo nombre en la lengua de los Zipas, Jilma, la jóven de los ojos garzos y del cabello rubio, mas hermosa que el lucero precursor del día, mas apacible que el murmullo de la fuente de Sangay, debía unirse en estrecho lazo con Zuintheba, jóven panche de familia real, valiente en la guerra, diestro en la caza, fuerte y generoso. Nunca bajó de los Laches robusto mancebo que pudiera competir con él en fuerzas; nunca el pintado guacamayo pudo sustraer su pluma apetecida al tiro certero de su flecha.

Pero Jilma tenia un hermano menor, el bello Tilmaquin, destinado á servir al rey de Tunja en castigo de una falta de respeto á su padre, segun era costumbre en aquel tiempo de severas leyes públicas y domésticas; y esta falta y este castigo eran un terrible secreto que no podia violarse impunemente, so pena de perder la vida, porque así lo exigia el decoro de la familia real.

Y Zuintheba no solamente no era sabedor del borron que el hijo de Nemequene se habia echado encima, sino que estaba muy lejos de sospechar que con el tiempo habia de tener en él un hermano.

Jilma pues, en medio de los preparativos de su boda y de los obsequios de su familia y de sus súbditos, andaba pensativa y distraida, y una amarga pena le afligia el corazón. Todas las tardes, al caer del sol, se encaminaba con lento paso hácia la colina de Houisaquen (1) desde cuya eminencia, contemplando el mágico espectáculo del sol poniente entre nubes abigarradas de oro y púrpura, y extendiendo sus miradas á gran distancia por el camino que conducia á Tunja, suspiraba con ternura, y algunas veces una lágrima involuntaria, como nacida del corazón, sorprendia sus párpados, y resbalando á lo largo de su megilla venia á detenerse al borde de sus labios como si temiese profanarlos. Así las gotas del rocío caen sobre el tierno boton; pero deslizándose suavemente no dejan de su paso huella alguna.

El amor que siempre vela, que espia los pasos y busca las ocasiones de vez al objeto amado, habia hecho que Zuintheba la siguiese frecuentemente y á cierta distancia hasta un bosque inmediato, y allí, oculto entre las ramas, para no ser visto de ella, habia tenido lugar de observarla libremente, y allí ¡infeliz! habia notado la conmoción que visiblemente experimentaba el tierno pecho de Jilma, y con suya causa él no podia atinar; pero devoraba en silencio el cruel tormento que sufría, y desconcertado y confuso no hallaba sosiego en ninguna parte. Determinóse por fin á romper ese terrible silencio para saber de su propia boca la causa de tan singular variación. ¿Es, la decia estrechando blandamente su mano entre las suyas y mirándola con ternura, es que acaso demasiado tarde has conocido que tu felicidad no estaba fundada en ser mi esposa? ¿Qué has visto en mí que pueda hacerme indigno de tu belleza? ¿No te amo con trasporte, no te adoro? ¿No eres tú el Dios de mis hogares, la estrella de mi vida, el ángel de mis sueños? Brillaban los ojos de Jilma y con mudos ademanes mas que con palabras le decia: sí, yo soy feliz, tú me amas y tu amor es la delicia de mi vida: dime que eres mi esposo, y no ambiciono otra dicha. Pero todas las tiernas insinuaciones de su amado no fueron parte á recabar de sus labios la respuesta apetecida.

Ya el siote habia comenzado sus cantos en la tierra

(1) Usaquen, que quiere decir nacimiento de la Luna.

de los Panches, y la pálida amapola reventaba sus botones, señal de que se acercaba la quinta luna del año, bajo cuya influencia debía celebrarse tan fausto enlace; y el dolor de Jilma no cedia en un punto, antes bien su tristeza se aumentaba por momentos... Pero no era que al ver cercana la pérdida de su libertad y la separación de su familia su alma se hubiese contristado, como falsamente lo sospechaba el desgraciado Zuintheba: no era que al tierno amor que siempre habia mostrado á su futuro esposo, hubiese sucedido en su pecho el velo de la indiferencia; era que el mismo día en que ella le habia prometido su mano y su fe en presencia de su padre Nemequene, habia pedido á este en secreto, como única gracia, como único regalo de boda, que permitiese á su hermano volver al seno de su familia á presenciar su feliz union y á gozar de las dulzuras de la paz doméstica; y aquel con entrañas de padre, gustoso se lo habia concedido, mandando inmediato aviso á Tilmaquin de que su falta estaba perdonada, y que desde aquel momento levantaba su destierro para que se trasladase á su país á ser testigo de la dicha de su hermana.

Pero esta temia, no sin razon, del carácter impetuoso y altivo del jóven, que resentido del agravio que se le habia hecho y del cruel castigo impuesto á tan pequeña falta, no habia de venir renunciando á volver jamás á sus hogares. Y la afirmaba mas y mas en esta idea la guerra que estaba próxima á romperse entre el Tunja y el Sogamoso, en la cual la ambición de gloria era muy probable le hiciese tomar parte militando bajo las banderas del Zaque.

Llegó al fin la víspera de aquel día que con tantas borrascas y tantas fiestas se habia anunciado; y Jilma, como de costumbre, se dirigió con paso incierto y vacilante á la colina usada, deteniéndose de cuando en cuando. El sol declinaba, el ocaso estaba limpio y despejado; ni una nube, ni un vapor que empañase su brillo; pero el Oriente comenzaba á ocultarse entre negras cortinas, y un lejano ruido anunciaba que la noche seria tormentosa. No habria ganado Jilma la tercera parte del repecho cuando divisó sobre su cabeza, puesto de pié sobre la alta cima, un jóven de blanca tez, de atléticas formas y de larga cabellera rizada; su mano derecha velaba sus ojos de los rayos del sol, como para poder ver mejor; dirigia sus miradas hácia la habitación de sus padres, buscándola en la llanura que tenia bajo sus piés; su mano izquierda vuelta hácia la espalda sostenia su carcaj pendiente de un cordón que Jilma habia tejido para él en su infancia. Apenas llegó esta á distancia en que pudieron reconocerse uno á otro, un doble grito de sorpresa y de alegría escapado de sus pechos vino á reunirlos en estrecho abrazo, y allí las lágrimas de la tierna doncella corrieron sobre el seno del guerrero, y los ojos de este se humedecieron de placer. Pero ¡desgraciados!... Cuando el bello Tilmaquin imprimia en la frente de la virgen el beso fraternal de que se habia privado tanto tiempo; cuando estas dos palomas del desierto arrojadas de júbilo sentian latir juntos sus corazones al impulso de un puro afecto; cuando ignorantes de que esta dulce entrevista seria su eterna despedida, se entregaban á los raptos de un cariño verdadero, una agudísima saeta disparada con la fuerza del rayo vino á unirlos mas estrechamente, y cayendo en brazos el uno del otro, mezclaron su sangre y sus últimos suspiros... Las sospechas que últimamente habian asaltado el corazón de Zuintheba se habian realizado en la apariencia, y esta apariencia los perdió...

Así el mismo secreto que, violado imprudentemente, le habia quitado la vida á Jilma, guardado dentro de su corazón con llave de oro, aun para su mismo esposo también se la quitó...

Poco tiempo despues reposaban tres cadáveres bajo de tres grandes catafalcos hechos de piedras toscas y puestos en hilera sobre la misma eminencia que habia sido teatro de esta escena. Jilma ocupaba el centro...

JOSÉ CAICEDO ROJAS.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Sucesos de la China.

PARTE OFICIAL DE LAS ULTIMAS OPERACIONES. — EL ALMIRANTE CHARNER.

Hé aquí el parte que ha dirigido el general en jefe del cuerpo expedicionario francés en China al mariscal ministro de la Guerra, sobre el combate que se ve representado en nuestro dibujo:

Vivaque de Palikiao, á 12 kilómetros de Pekin, 21 de setiembre de 1860.

Señor mariscal: La victoria del Chang-Kia nos habia vengado de la felonía del gobierno chino. Era pues natural que confiase recibir explicaciones acerca de las causas que habian podido dar lugar á la lucha del 18. Frustráronse con todo mis esperanzas, y por averiguaciones hechas durante los dias 19 y 20 supe que el ejército tártaro ocupaba campamentos preparados de antemano y situados sobre la gran carretera que conduce á Pekin, á dos leguas escasas de nosotros.

Estas nuevas disposiciones revelaban una direccion enérgica y hábil. Eran debidas, en efecto, al príncipe San-Koli-Tsin, que el año pasado defendió los fuertes del Pei-ho y que, con el título sen-wang, manda las fuerzas del imperio. Durante el primer período de nues-

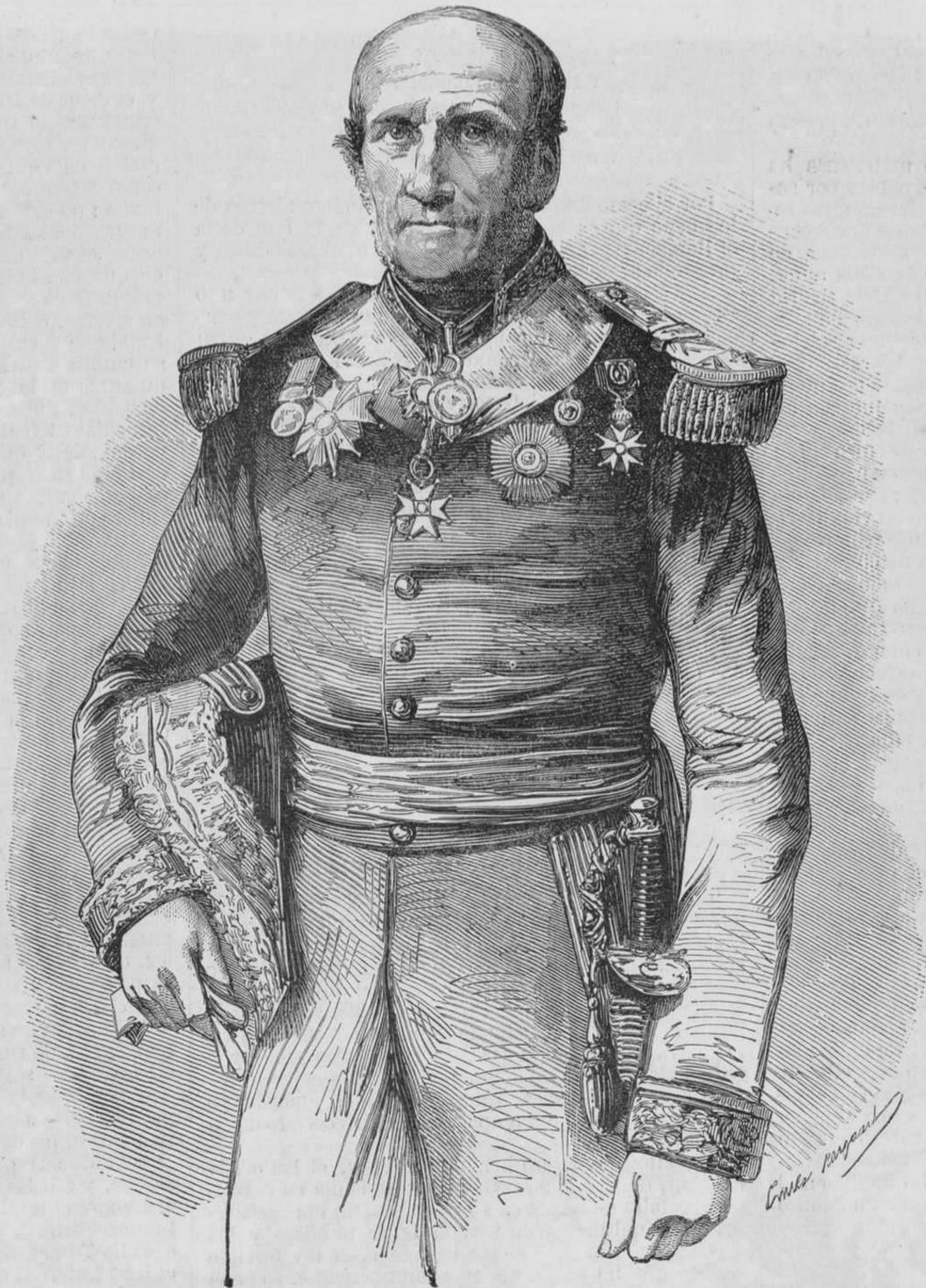
tras operaciones, en la embocadura del Pei-ho, no pudimos adquirir pruebas ciertas de su presencia; pero la resistencia inesperada que se había manifestado y las relaciones de los espías no permitían dudar que el sen-wang, jefe del partido de la guerra, quería defender personalmente hasta el último extremo las inmediaciones de la capital.

El 20 resolví, de acuerdo con el general en jefe inglés, atacar al enemigo el día siguiente. Hice estudiar por el capitán de estado mayor Cools, acompañado de los oficiales de estado mayor ingleses, las posiciones que ocupaba el ejército tártaro.

Delante de nuestros vivaques de Chang-Kia-Wang, teníamos, á unos 5 kilómetros, la gran ciudad de Tongtchou (400,000 almas) enlazada con Pekin por una vía de granito de 12 kilómetros, obra de las antiguas dinastías. Este camino atraviesa, junto á la aldea de Palikiao y por un gran puente de piedra, el canal que pone en comunicacion el Pei-ho con la capital. Resolvimos prescindir de Tongtchou, sabiendo que no quedaba allí ningun soldado, para encaminarnos al puente de piedra cerca del cual se hallaban establecidos los campamentos del sen-wang. El ejército francés debía marchar directamente hácia el puente, en tanto que el inglés, desplegado á su izquierda, buscaría un paso mas inmediato á Pekin.

El 21, á las cinco y media de la mañana, me puse en marcha hácia el punto designado, y dejé mis bagajes bajo la proteccion de dos compañías de infantería, en una aldea situada á una legua mas allá de Chang-Kia-Wang. Luego avancé hasta unos 3 kilómetros de Palikiao, y en este punto tropezamos con las primeras centinelas tártaras. Entonces tomé las disposiciones siguientes:

Una pequeña columna de vanguardia, compuesta de una compañía de ingenieros, dos compañías de cazadores de infantería



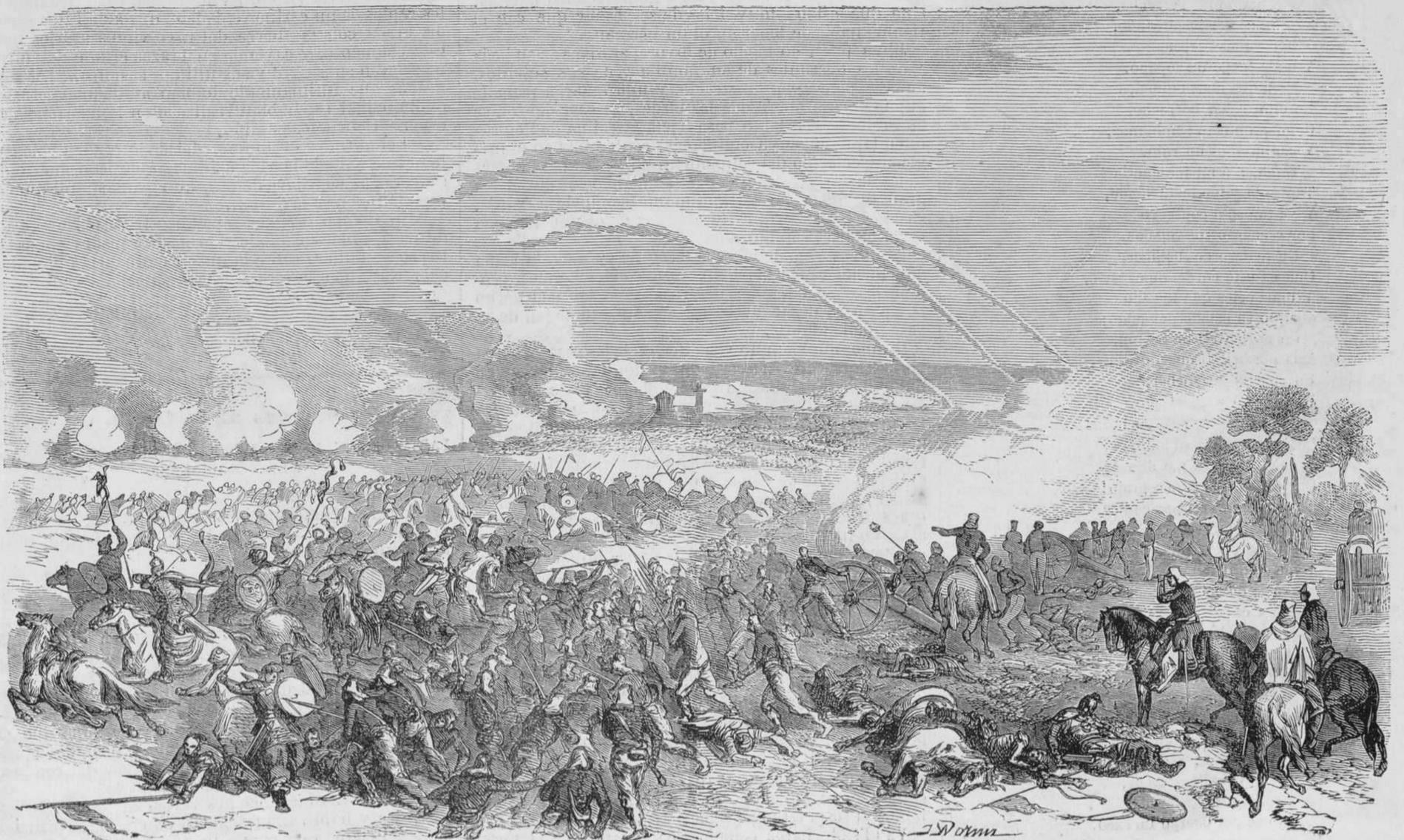
EXPEDICION DE CHINA.— EL ALMIRANTE CHARNER, COMANDANTE DE LAS FUERZAS NAVALES.

un destacamento de pontoneros, una batería de á 4 y dos pelotones de artillería montada, recibí orden de adelantar al mando del general Collineau. El general Janin, con el resto del batallón de cazadores, los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y el 101 de línea, siguió el movimiento. La vanguardia tuvo que detenerse luego ante fuertes masas de caballería que amenazaban su izquierda, á cuya altura no había llegado todavía el ejército inglés.

El general Collineau mandó suspender la marcha y puso los cañones en batería. Me disponía á apoyarle con el resto de mis tropas, cuando de pronto rompióse á mi derecha un fuego de artillería bastante nutrido. Mi jefe de estado mayor general, el coronel Schmitz, adelantó hácia el cañon enemigo, y vino á darme cuenta de que el punto del cañon parecía ser el centro de su primera línea de defensa. Este oficial superior no vaciló en designar este punto como indicando la verdadera posición del puente que no nos permitían ver varios grupos de casas rodeadas de árboles y las profundas masas que cubrían sus inmediaciones. Dí orden al general Janin de hacer desplegar á derecha frente al cañon el batallón de cazadores, las compañías de artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12, y disponer que avanzaran lo mas pronto posible para formar nuestra derecha los batallones del 101.

Este movimiento dejaba entre el pequeño cuerpo del general Collineau y el mio un intervalo que era urgente llenar. Por el jefe de escuadron Campenon, del estado mayor general, transmití á dichas tropas la orden de aproximarse á nosotros: mas esta orden no pudo ejecutarse antes de entrar en línea el ejército inglés, porque en aquel momento la caballería enemiga excedía nuestras dos alas.

El sen-wanh aprovechó hábil-



EL COMBATE DE PAJIKIAO.— DIBUJO HECHO POR UN OFICIAL FRANCÉS AGREGADO Á LA EXPEDICION.



TEATRO DE LA ACADEMIA IMPERIAL DE MÚSICA. — EL PAVILLON, primer acto, cuadro segundo.

AUG. ANASTASI & GODEFROY

mente estas circunstancias para cargar en masa, envolviéndonos por todas partes.

En el centro, la carga, intentada varias veces con gritos salvajes, fué rechazada por los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y los cazadores de infantería. A la izquierda, estrellóse contra el puñado de valientes del general Collineau, y tuvieron que retroceder ante la exacta puntería de la batería Famont, y ante la caballería inglesa, que iba acudiendo al campo de batalla. A nuestra derecha los jinetes tártaros fueron recibidos por el 101 de línea dispuesto hábilmente y con serenidad por el coronel Pouget.

Lo propio que el 18, nuestras tropas habian salido victoriosas de aquel círculo de jinetes. Rechazados estos, la posición de mi izquierda, en la que acababa de desplegarse el ejército inglés, desvanecía mis temores. Podia ya disponer que se acercase el cuerpo del general Collineau, y le dí orden de dar la vuelta á la aldea de Palikiao con un movimiento de conversión á derecha y seguir la orilla del canal, en tanto que el general Janin atacaria de frente marchando en derechura hácia el puente; la aldea, atacada con el mayor vigor fué defendida palmo á palmo por la infantería china.

A la verdad, solo por la inferioridad del armamento se explica el que fuesen tan poco considerables nuestras pérdidas, teniendo que luchar con un enemigo tan numeroso y tan tenaz. Mas la toma de la aldea no debia ser el término del combate.

Mientras que el general Collineau, llegado á la orilla del canal, divisaba el puente de Palikiao y lo cogia lateralmente con su artillería, dispuse que el coronel de Rentzmann avanzara con los artilleros de cohetes á la congreve y la batería de á 12 á fin de batir el puente de frente é inutilizar las piezas que lo defendian. Nuestra infantería, adelantando de casa en casa habia llegado á apoderarse de las que hay junto al canal, y cubria con sus fuegos todas las avenidas.

En este momento el puente de Palikiao ofreció un espectáculo que es, á buen seguro, uno de los episodios mas notables de la jornada.

Todos los jinetes, tan animosos por la mañana, habian desaparecido. Sobre la calzada del puente, grandioso monumento de una antigua civilización, soldados de infantería lujosamente vestidos agitaban estandartes y contestaban con un fuego, por fortuna impotente, al de nuestras piezas y de nuestra infantería. Era lo mas selecto del ejército que se sacrificaba para proteger una retirada emprendida con la mayor precipitación.

Al cabo de media hora, el fuego concentrado de nuestras baterías impugna silencio al cañon enemigo.

El general Collineau, agregando á su vanguardia la compañía del 101 del capitán Moncets, pasó el puente, siguió á la derecha del camino de Pekin, en la dirección tomada por la masa de fugitivos, y yo le seguí con el resto de mis tropas. Eran las doce, y desde las siete de la mañana no habiamos cesado de combatir; el enemigo habia desaparecido en un estado de completa desorganización, dejando el campo de batalla cubierto de sus cadáveres. Hicimos alto, y despues de dos horas de descanso, hallábanse establecidas mis tropas en los campamentos y bajo las tiendas de los soldados del sen-wang, á doce kilómetros de Pekin.

Las jornadas del 18 y del 21 han valido á los ejércitos aliados 100 piezas de artillería.

Al terminar esta relacion, conozco, señor mariscal, que la pluma es impotente para dar una idea exacta de lo que pasó á nuestro alrededor.

El enemigo nos tenia circunvalados hasta una distancia que no alcanzaba la vista; los prisioneros y espías, dejando aparte las aserciones mas exageradas, aseguran que las fuerzas chinas no bajaban de 40,000 hombres. Todo es tan extraño, que para comprender nuestros triunfos, es menester remontarse al pasado y traer á la memoria las victorias constantes de algunos puñados de soldados romanos contra las hordas bárbaras.

No puedo menos de reiterar los elogios á que se han hecho acreedoras las tropas que tengo á mi mando. Ruego á V. E. que llame hácia todas la atención del emperador y el interés del país. Adjunta acompaño la orden general n.º 95, y la nota de muertos y heridos. Dignaos, señor mariscal, etc. — MONTAUBAN.

— Damos el retrato del vicealmirante Charner, que manda las fuerzas navales en la China.

El vicealmirante, nacido en Saint-Brieuc el 13 de febrero de 1797, estudió en la escuela naval de Tolon, de donde salió en 1815.

Asistió al bombardeo de Argel en 1830 y á la toma de Ancona en 1832, donde ganó la cruz de la Legion de Honor.

Segundo capitán de la *Belle-Poule*, trajo de Santa Elena con el príncipe de Joinville las cenizas del emperador Napoleon I.

En 1849 fué elegido diputado por su departamento. En 1852, M. Ducos, entonces ministro de Marina, le nombró contra-almirante y le llamó á su lado en calidad de director de su gabinete y de comandante de estado mayor.

Cuando la campaña de Crimea él fué quien efectuó el desembarco del ejército en la rada de Varna, y á bordo del *Napoleon* tomó una parte vigorosa en el ataque por mar de los fuertes de Sebastopol. Nombrado vicealmirante en 1855, figuró en el consejo de los trabajos de la Marina, de donde salió para tomar el mando de las fuerzas navales de la expedición de China.

Revista de Paris.

Ninguna fiesta oficial se ha anunciado todavía, sin duda porque la emperatriz Eugenia se halla viajando por Inglaterra, donde su sencillez y su afabilidad la hacen admirar de todos. Respetan escrupulosamente el incógnito que se ha propuesto guardar la soberana de los franceses, aunque no por eso la escasean los homenajes y las simpatías. Si en el mundo oficial no hay pues, ni asomos de diversiones, en cambio algunos salones particulares han abierto sus puertas á despecho de los alarmistas, empeñados en repetir que nos amenazan grandes sucesos y que por consiguiente el invierno será muy triste. En punto á diversiones hay alarmistas lo mismo que en el mundo político. De todos modos, con cuidados ó sin ellos, en cuanto haya pasado el mes de diciembre, veremos sin duda alguna el espectáculo de siempre; durante tres meses no se hablará mas que de bailes y conciertos.

Por el pronto los que han vuelto ya de sus viajes de verano hacen el gasto en las reuniones contando sus aventuras y sus impresiones que á veces se parecen de una manera extraordinaria á las de Alejandro Dumas. ¡Qué de intrigas improvisadas en estas conversaciones íntimas! Todas las mujeres coquetas han encontrado un príncipe ruso que las ha hecho la corte, y todos los fátuos, los pagados de sí mismos, han hallado una princesa disfrazada viajando de incógnito con una doncella que les ha regalado un No me olvides.

Sin embargo, en viaje suelen acontecer aventuras cuyo enredo no sabria urdir un buen autor dramático.

En el estío de 1859, una parisense de las mas elegantes llamada Ernestina de S... se hallaba en los Pirineos, y lo que mas halagaba á su imaginación de artista y de mujer cansada de las diversiones de Paris, no era la repetición de estas fiestas á que se entregan los bañistas lo mismo en los Pirineos que en Bélgica y en Alemania, sino los paseos solitarios por los montes y las excursiones por do quiera se podian admirar las grandes bellezas naturales que tanto abundan en esos sitios pintorescos.

Repetidas veces en estos paseos Ernestina habia encontrado á un caballero anciano acompañado de un jóven; — eran padre é hijo.

El padre es un docto miembro del Instituto francés, que lo sabe todo y que se complace en enseñar á todo el que demuestra el buen deseo de aprender alguna cosa.

El hijo es un jóven muy tímido y modesto, de una distinción y de una educación perfectas.

Estos tres personajes se veian y se hablaban, sin conocerse. Ernestina no designaba jamás al anciano sino llamándole « el sabio » y el anciano la llamaba á ella « la desconocida. »

En el invierno del año á que nos referimos se dió un gran baile en una de las principales casas del barrio de la nobleza.

Todo lo mas escogido de la aristocracia, de la diplomacia, de las ciencias y las artes, brillaba en la fiesta.

Un anciano condecorado abundantemente, discutia con mucha gravedad sobre la influencia del aire atmosférico en el corazón de las mujeres, con gran aplauso del grupo que le estaba oyendo, cuando anunciaron á la jóven Ernestina.

De repente sucedió una pausa á la que siguió una admiración respetuosa.

El docto caballero tomó sus anteojos de oro para contemplar mejor á la divinidad que hacia su entrada triunfal en los salones, y luego tomando con presteza la mano de un jóven que estaba á su lado, le dijo:

— ¡Mira quién entra!... ¿te acuerdas?
— ¡Cómo!... ¿La desconocida de los Pirineos?
— La misma; aquella que se paseaba sola por los montes, y á quien creo no mirabas tú con malos ojos.

El jóven se puso encarnado como la grana, y palideció casi al mismo tiempo.

Desde que la habia visto amaba á aquella viajera encantadora con uno de esos amores platónicos, profundos y apasionados, que se graban en el corazón para quedar en él eternamente.

Ignoraba si veria de nuevo en su vida al ideal de su amor, pero habia resuelto ir todos los años á los Pirineos, allí donde habia distinguido por primera vez á la que su padre llamaba « la desconocida, » y su inesperada aparición le produjo como un deslumbramiento de felicidad.

En cuanto á Ernestina no se acordaba ni del padre ni del hijo, que solo eran para ella dos incidentes de viaje, ni mas ni menos.

El jóven la sacó á bailar, y ella bailó sin manifestarse turbada en lo mas mínimo. No le sucedió lo mismo á él, pues en medio de la animación del vals sintió como un desfallecimiento que le obligó á detenerse.

Ernestina se dignó mirarle con mas atención.
— ¡Es singular! se dijo para sí; este jóven no me es desconocido: ¿quién puede ser?

Y se informó. La respondieron que tenia veinte y cinco mil libras de renta que le habia dejado su madre, y que era un jóven un poco estrambótico, que se entregaba con demasiado ardor al estudio de las ciencias naturales.

El anciano padre que queria entrañablemente á su hijo, quiso intervenir en sus amores, y acercándose á Ernestina, la preguntó sin rodeos:

— ¿La gusta á Vd. mucho el vals?
— Muclisimo, respondió la jóven con una sonrisa.
— Pues no lo habria creído.
La jóven le miró un poco cortada.
— ¿Y en qué se funda Vd., caballero?
— En que el verano último haia Vd. de los bailes y preferia pasearse sola por los Pirineos.

Ernestina copoció entonces con quién estaba hablando.
— ¡Cómo! exclamó, ¿es Vd. el que yo llamaba el sabio... el que hacia tantas disertaciones científicas sobre las peñas?...

— El mismo.
— ¡Cuánto me alegro ver á Vd. aquí!
— ¿Y mi hijo? añadió el anciano.
— ¡Su hijo de Vd!
— Si, el jóven que le acaba de servir á Vd. de pareja... ¿no le ha reconocido Vd.?
— No, señor.
— ¡Pobre muchacho! Pues es bien digno de lástima desde su viaje á los Pirineos...

— ¿Y cómo es eso?
— Se ha enamorado ardentemente, y temo que esa pasión no le conduzca á otra cosa que á perder la cabeza.

Ernestina se sonrojó y no se atrevió á hacer mas preguntas; pero dió permiso al anciano para que se presentara en su casa... con su hijo.

La novela de amor habrá durado un año.

Ernestina era viuda; y muy lisonjeada con un amor que ha conocido era fiel y profundo, acabó por conceder su mano al pretendiente, y la boda se ha celebrado con una gran fiesta en el mes último, una de las primeras fiestas de este invierno.

En esta semana se ha concluido la famosa venta de la biblioteca de M. Solar, que ha producido mas de 500,000 fr.

Las ventas siguen á la orden del día; despues de la de M. Solar se encuentran la de M. Sauvageot, que posee como aquella grandes riquezas en curiosidades bibliográficas, y la de la colección de objetos de arte y de antigüedades del príncipe Soltikoff, que tiene fama en el mundo.

El príncipe Soltikoff es un señor ruso que reside hace años en Paris. Su fortuna es inmensa, y ha consagrado grandes caudales á reunir los objetos artísticos que quiere vender hoy por uno de esos caprichos que se hacen ya tan frecuentes entre los poseedores de colecciones de primer orden.

Rica en esmaltes, en maderas esculpidas, en marfiles, cristalería, porcelanas, cobres, bronce y joyas antiguas, la colección del príncipe Soltikoff representa, segun aseguran, un valor de cerca de tres millones de francos.

Sin embargo, es difícil en el día señalar un valor ni aun aproximado á estos objetos curiosos que los aficionados se disputan encarnizadamente en las almonedas. Hay en Paris hombres opulentos que sin calcular prodigan el oro para salir triunfantes en estas luchas llevándose el objeto codiciado por todos.

Para poner un ejemplo, diremos que en la colección á que nos referimos, hay un candelero de cobre, comprado hace algun tiempo por diez y ocho mil quinientos francos. Es un candelero bizantino precioso por su forma y por las inscripciones históricas con que está adornado.

Ahora bien, el que vendió este candelero al príncipe Soltikoff, le habia encontrado en un monton de hierro viejo en casa de un calderero, que no pensando seguramente lo que valia, se deshizo de él por la módica cantidad de once francos y medio.

Un nuevo periódico de Paris titulado *el Arte musical*, trae en su primer número un documento oficial muy curioso, y es el texto de los nuevos reglamentos de los teatros de Viena, que publicados en francés, deben fijarse en carteles en el interior de todos los teatros del imperio de Austria. Vamos á traducir literalmente algunos de sus artículos:

« Art. XIV. — Entre las medidas de decoro que deben observarse, una de las primeras, es la de quitarse el sombrero á la entrada de la « platea noble, » que se hallen ó no SS. MM. en el teatro; y todo aquel que habiendo sido advertido por el comisario inspector, se obstine en permanecer cubierto, no solo incurrirá en la pena de ser expulsado del teatro inmediatamente, sino que quedará sujeto á una « animadversion, » segun el caso.

« XV. — Si SS. MM. se hallan en la función, todos los hombres de la segunda platea y de los palcos, deberán mantenerse igualmente con la cabeza descubierta.

« XVI. — Se sobreentiende como una cosa natural que nadie tendrá inconveniente en quitarse el sombrero cuando este quite la vista ó incomode á otros espectadores.

« XVII. — Los aplausos que merezcan la pieza ó los actores no deben nunca manifestarse de una manera estrepitosa, contraria á las reglas del decoro, y como las repeticiones presentan el doble inconveniente de prolongar demasiado la función y de cansar á los artistas, se prohíbe el hacer repetir una pieza de canto.

« XVIII. — Del mismo modo queda prohibido el pedir que se repita un paso de baile.

« XIX. — Considerando que tres salvas de aplausos constituyen un homenaje que solo es debido á los soberanos; no se permite aplaudir tres veces seguidas á los actores y actrices, sea cual fuere la clase de espectáculo. Además queda prohibido el llamar á la escena con palmadas, gritos, etc., á ningún individuo despues de concluida la función; como tambien se prohíbe severamente á todas las personas agregadas al servicio de los teatros de la corte, el acceder á tales provocaciones y presentarse en el palco escénico una vez corrido el telon, bajo cualquier pretexto que sea, y sobre todo el dirigir la palabra al público. No hay para esto otra excepción que la del estreno de un artista.

« XX. — El haber pagado la entrada no puede dar á nadie el derecho de cometer una acción indecorosa. Los que durante la representación quieran silbar ó meter ruido con los piés ó los bastones, serán presos y luego castigados por haber cometido una falta tanto mas reprehensible, cuanto que un silencio unánime es una señal mucho mas decisiva del descontento de un público, que ese ruido que es casi siempre el resultado del capricho de unos pocos.»

¡Qué modelo de compostura serán los teatros del imperio de Austria si se observan al pié de la letra estos reglamentos! Todo aquí está previsto en favor del silencio; las medidas en cuestión podrian llamarse reglamentos contra el entusiasmo público.

MARIANO URRABIETA.

El huérfano sobre el cadáver.

I.

Este tu cuerpo es pues, ¡oh padre mio!
Padre .. ¡ya no respondes! ¿Qué te has hecho?
Eres acaso el cuerpo inmóvil, frío,
Que yace aquí sobre este aciago lecho?

¡Oh, no! que hablabas y este cuerpo calla;
Calla y nunca hablará: tu lengua muerta
Fija, trabada al paladar se halla,
¡Y la vida en tus ojos no despierta!

Al recibir mis últimos abrazos
Ayer de amor tu corazón latía,
Y me estrechaban con afán tus brazos,
Y una lágrima en tu ojo se veía.

Y hora á tus ojos lágrimas no asoman,
Y hora en tu pecho ni un latido siento,
Y hora tus brazos yertos se desploman
Cuándo enlazarlos á mi cuello intento.

¡Oh! ¡ya no volverán nunca á abrazarme!
Oh padre mio, de mi infancia amigo!
¡Nunca ya volverás á consolarme!
¡Nunca á llorar ya volverás conmigo!

Y este cuerpo infeliz... manos de extraños
A hundirlo van en olvidado suelo
Y sobre él volarán sin fin los años,
¡Y sobre él lucirá sin fin el cielo!

II.

Y para mí las risas y alegrías,
Y las horas de amor, de luz, de oro,
Vieron su fin; y desde hoy los días
Van á empezar de soledad y lloro.

De hoy más, bajo el hogar del extranjero,
Sin tí me sentaré solo á la mesa;
Y como tú te fuiste, si yo muero,
Nadie á llorar irá sobre mi huesa.

Y un ser sobre la tierra que me ame
Como me amaste tú, buscaré en vano...
¡Ah! ¿qué me importa que haya quien me llame
Alguna vez amigo, esposo, hermano?

Sin el amor, ¿de amor qué son los nombres?
No logran engañar ni al que los dijo.
¡Ay! no veré de nuevo entre los hombres
Al que de veras me llamaba hijo.

Tú... tú me amaste... y solo tú supiste
De amar mi sed, mi sed de ser amado;
Y á mi tu inmenso corazón abriste,
Y en él entré, y en él quedé saciado.

Y hora te vas... ¡ah! ya te fuiste... ¡y nunca!...
¡Oh! ¡nunca, no! ¡vuelve otra vez siquiera!
Vuelve: que ya mi vida siento trunca,
Y espera en tí mi amor que en nada espera.

El ciprés.

Arbol sagrado, que la oscura frente,
Inmóvil, majestuoso,
Sobre el sepulcro humilde y silencioso
Despliegas hácia el cielo tristemente;
Tú, sí, tú solamente
Al tiempo en que se duerme el rey del mundo
Tras las altas montañas de Occidente,
Me ves triste vagando
Entre las negras tumbas,
Con los ojos en llanto humedecidos
Mi orfandad y miseria lamentando.
Y cuando ya de la apacible luna
La luz de perla en tu verdor se acoge,
Solo tu tronco escucha mis gemidos,
¡Solo tu pié mis lágrimas recoge!

¡Ay! hubo un tiempo en que feliz y ufano
Al seno paternal me abandonaba;
Hubo, sí, día en que con blanda mano
Una madre amorosa
De mi niñez las lágrimas secaba...
Y hoy, huérfano, del mundo desechado,
Aquí en mi patria misma
Solitario viajero,
Desde lejos contemplo acongojado
Sobre los techos de mi hogar primero
El humo blanquear del extranjero...
Entre el bullicio de los pueblos busco
Mis tiernos padres para mí perdidos;
Vanamente... ¡los rostros de los hombres
Me son desconocidos!
Y sus manes, empero, noche y día
Presentes á mis ojos afligidos
Contino están, contino sus acentos
Vienen á resonar en mis oídos.

¡Sí, ¡funeral ciprés! Cuando la noche
Con su callada sombra te rodea,
Cuando escondido el solitario buho
En tus oscuros ramos aletea;
La sombra de mi padre por tus hojas
Vagando me parece,
Que á velar por los días de su hijo
Del reino de los muertos aparece.
Y si el viento sacude impetuoso
Tu elevada cabeza,
Y á su furor con susurrar medroso
Respondes pavoroso;
En los tristes silbidos
Que en torno de tí giran,
A los paternos manes
Escucho que dulcísimos suspiran.
¡Arbol augusto de la muerte! nunca
Tus verdores abata el bóreas ronco.
¡Nunca enemiga, venenosa sierpe
Se enrosque en torno de tu pardo tronco
¡Jamás el rayo ardiente
Abrase tu alta frente!
¡Siempre inmóvil y sereno
Por las cóncavas nubes
Oigas rodar el impotente trueno!
Vive, sí, vive; y cuando ya mis ojos
Cerrar el dedo de la muerte quiera,
Cuando esconderse mire en Occidente
Al sol por vez postrera,
Moriré sosegado
A tu tronco abrazado.
Tú mi sepulcro ampararás piadoso
De las roncadas tormentas;
Y mi ceniza entonces agradecida,
En restaurantes jugos convertida,
Por tus delgadas venas penetrando,
Te hará reverdecer, te dará vida.
¡Quizá sabiendo el infeliz destino
Que oprimió mi existencia desastrosa,
Sobre mi pobre tumba abandonada
Una lágrima suelte el peregrino!

Desesperación.

El sepulcro me aguarda: en vano, en vano
Luchó y relucho al borde del abismo;
Que en mi afligido corazón se enclava
La dura mano del fatal destino.
Cubierto ya de tempestad oscura
Muéstrase el cielo; y con feroz mugido
El trueno que amenaza mi cabeza
Rueda en los senos del excelso Olimpo...

¡Piedad, buen Dios! Arroja de tu mano
El cuchillo sangriento de esterminio;
Mi ruego escucha; no el clamor desoigas
Con que demanda tu favor tu hijo.
Y si á tus ojos criminal parezco,
Si digno soy del celestial castigo,
Si escrita está mi próxima ruina
Del porvenir sobre el eterno libro;
No el rayo ardiente contra mí fulmines;
Dolor bastante abriga el pecho mio;
¡Harto carcomen mi existencia infausta
Mi propia angustia y mi tenaz martirio!

¡Ay de mí! Placentera la inocencia,
Del sueño un tiempo susurrando el himno,
Mi cuna remeció; la amable infancia,
De la mano llevándome cogido,
A los prados guió mis tiernos pasos,
Y entre las flores retozó conmigo...
Y hoy, en la aurora de mis verdes días,
Cuando la copa del placer propicio
Brinda el amor; cuando á la voz de guerra
El pecho salta de impaciente brio,
Solo en mi alma con afán excava
El infortunio su hondo precipicio,
Bramando dentro cual borrasca ronca
De las pasiones los ahogados gritos.

¿Qué espero ya? ¿porqué vacilo? ¿Acaso
Mas allá de la tumba mi destino
También me oprimirá? ¿También la muerte
Traerá la espina del pesar consigo?
¡No! en la callada eternidad no sopla
El huracán del reino de los vivos;
Sus dilatadas soledades nunca
Barrió el dolor con fúnebres vestidos.
¡Oh! ¡escóndame en sus senos! la honda llaga
De mi insanable corazón, alivio
Solo allí encontrará; solo su inmensa
Concavidad me servirá de asilo.
¿Qué busco ya en la tierra? ¿Del sepulcro
Ha vuelto acaso mi primer amigo?
¿Sus acentos de paz y de consuelo

Otra vez sonarán en mis oídos?
¿Derramarán, cual en mejores años,
Aun sobre mí su celestial rocío?...
¡Nunca! ¡mas ay! que su paterna sombra
Ante mis ojos muéstrase, lo mismo
Que cual lo ví del moribundo labio
Soltar mi nombre en su postrer suspiro.
¡Mi padre!... Sí, cuando trasmonta y se hunde
En Occidente el astro de los siglos,
Y triste suena por los altos cielos
La fatal hora en que nació el suicidio,
Mi padre se presenta... Sí... mi padre...
Del sol sentado en el inmenso disco,
Yo, yo le veo... sus amantes brazos
Alarga tierno á su infelice hijo.
Ya vuelvo á ellos... ¡Ay! deja tan solo,
Deja que lllore en el sepulcro mio
Que cuando cubra mis cenizas, nadie
Sobre su losa lanzará un gemido.

Presentimiento.

Calla entre un mar de oscuridad el mundo;
Calla; y sobre él el sueño se resbala:
Y como el ronco hervor del moribundo
Que el ¡ay! postrero en largo afán exhala,
Oyese lejos el rumor profundo
Que hace al abrir la tempestad su ala:
Sordo rodando ya se acerca el trueno...
¡Oh! ¿porqué tiembla de pavor mi seno?

¡Ah! ¡yo no sé!... De las borrascas mias
Tal vez no tarda el fin!... De nuevo el fuerte
Sacudon siento que sentí otros días,
Cuando el amigo que me dió la suerte
Mi mano asiendo con sus manos frías,
Vi que me dió su bendición de muerte.
Y hoy... cuando ya lo olvidaba... el mismo
Presagio suena en mi interior abismo.

No hay duda, no... del rumoroso suelo
Alguno va á salir... alguno en breve
Verá entreabrirse el suspirado cielo;
Verá el gran Ser que el universo mueve.
¡Ah! ya lo entiendo: yo en vehemente vuelo
Soy quien lanzarse para siempre debe...
¡Ay! cierta voz ¡el padre! un tiempo dijo.
¡Y él sucumbió! ¡La voz hoy clama: el hijo!

¡Y yo sucumbiré! La helada vida
Debo pues hoy dejar... ¡Ah! yo pensaba,
Sí, yo pensaba que la cruda herida
Que ha de postrarme no tan cerca estaba.
¡No tanto, no! — ¡Mas qué! ¿Yo la partida
Que del dolor mi corazón destraba
Debo acaso llorar? ¿Acaso encierra
Con nuestros huesos nuestro amor la tierra?

¡Vivir! ¡Vivir!... ¿Y para qué? ¿Tan solo
Para vagar por entre esquivada gente,
Y en mi vejez, desamparado y solo,
Irme llorando con nublada frente
De las ciudades al abierto polo
A ver el sol hundirse en Occidente?
¿Y para esto vivir? ¡Oh, no! ¡muramos,
Y al otro borde del sepulcro vamos!

¡Oh padre mio! ¿no es verdad?... Apenas,
Apenas diere el temeroso salto,
Libre mi pecho de hórridas cadenas,
Latirá sin congoja y sobresalto.
¡Ah! ¡cómo he de abrazarte! Yo mis penas
Te contaré llorando; y tú en el alto
Cielo dirás, cruzándolo conmigo:
«¿Lloras? ¿no estás con tu primer amigo?»

JOSÉ EUSEMIO CARO.

Mas pormenores sobre las poblaciones de la Siria.

Aunque hemos hablado ya en varios artículos de los pueblos de la Siria, hoy vamos á añadir nuevos detalles para la debida inteligencia de los dibujos que publicamos. De estos pueblos, los unos se hallan esparcidos indiferentemente en todos los puntos de la Siria, y los otros se hallan encerrados en sitios particulares que es bueno determinar.

Los griegos propiamente dichos, pueblan ciertas aldeas y forman la clase de jornaleros en los campos, y de bajo pueblo en las ciudades donde ejercen todos un oficio ó un tráfico cualquiera.

Los maronitas componen un cuerpo de nación que ocupa casi exclusivamente el territorio comprendido entre el Nahr-el-Kelb (el antiguo Lico) y el Nahr-el-Bared (rio frío), desde la cumbre de las montañas al Este, hasta el Mediterráneo al Oeste.

Los drusos les son limítrofes y se extienden desde el Nahr-el-Kelb hasta cerca de Sur, la antigua Tiro,



EXPEDICIÓN DE SIRIA. — TRAJES DRUSOS.



TIPOS DRUSOS. — CHEIK DE DEIR-EL-KAMAR Y OTROS JEFES DRUSOS.



EXPEDICION DE SIRIA. — TRAJES MARONITAS.



SAIS MARONITA ; JEFE MARONITA

POPE GRIEGO ; RELIGIOSOS MARONITAS.

ANCIANO MARONITA.

El país de los *mutualis* comprende el valle de *Beqaa* hasta Sur; pero ese pueblo hoy refugiado en el Antilibano, tiende á desaparecer.

En cuanto á los *ansariehs*, están esparcidos en las montañas de Antakieh, y principalmente en Trípoli.

Entre los pueblos *errantes* ó *pastores*, los turcomanos acampan generalmente en el llano de Antioquia, los kurdes en las montañas situadas entre Alejandreta y el Eufrates; y en fin, los *árabes-beduinos* en toda la frontera de Siria, adyacente á sus desiertos y en las llanuras de la Palestina.

La nación se divide en dos clases, el pueblo y los *cheiks* ó notables. Todos viven diseminados en la montaña en grupos de casas ó en habitaciones aisladas.

El país es agrícola; cada cual hace valer su propio domicilio, hasta los *cheiks*, que solo se distinguen por algunos colores en su traje.

Entre los maronitas no hay mendigos ni ladrones, como entre los árabes, y de día y de noche el viajero puede atravesar sus montañas, lo que no tiene lugar entre los drusos, quienes son en compensación mas hospitalarios. Son monógamos y se casan con una mujer sin haberla visto, como los persas. Aunque cristianos, han conservado el uso árabe del *talion*, y el pariente mas próximo de un hombre asesinado debe vengarle.

Segun las cifras que dan los últimos censos, la población maronita se eleva á 120,000 almas, y el número de los hombres armados á cerca de 30,000; población considerable para un país que solo tiene 150 leguas cuadradas, y que casi todo él se compone de rocas.

Dependen de Roma en su religion, y sin embargo tienen un patriarca. Sus sacerdotes se casan como en los primeros tiempos de la Iglesia.

Al Este del país de los drusos, en el valle que separa sus montañas de Damasco, existe aun un pueblo reducido, los *mutualis*, sectarios de *Ali* como los persas, lo que les distingue de los súbditos turcos que siguen la secta de Omar, formando por ello un pueblo aparte.

A principios del siglo XVI no poseían apenas mas que Balbek, su capital, y algunos cantones en el valle y el Antilibano. Vencidos por Djezzar en 1777, se refugiaron en el Antilibano, de donde bajan á veces para entregarse á la rapiña, su último recurso.

El pueblo de los drusos, el que ha cometido las últimas ferocidades, es el mas curioso y original de todos los que hay en la Siria. Su extraño origen, la oscuridad que envuelve su culto, y por fin, las cualidades que le distinguen de los pueblos vecinos, nos inducen á considerarle detenidamente.

El carácter druso es muy orgulloso y enérgico. Los drusos son muy hospitalarios; el viajero y el mendigo son sagrados para ellos. Sucede á menudo que los jornaleros dan su último pedazo de pan á un transeunte. « Todos los hombres son hermanos, dicen, y Dios es liberal. »

Los drusos se casan regularmente en familia, y prefieren un pariente pobre á un extraño rico. Por lo demás, las costumbres de la vida privada no difieren en ellos de las de los demás orientales. Pueden casarse con varias mujeres y repudiarlas, pero este caso es raro. Las mujeres salen poco; apenas van á otra parte que al baño ó al mercado. En sus casas se ocupan en las faenas domésticas, y los hombres en los cuidados de sus haciendas.

La religion de los drusos es poca ó ninguna; por agrandar á los cristianos se hacen bautizar, y luego circuncidar cuando les atormentan los turcos; toda su religion consiste en prácticas supersticiosas y que se complacen en rodear de cierto misterio.

Los *ansariehs* se dividen en tres tribus que son: los *chamsies*, adoradores del sol; los *kelbiés*, adoradores del perro; y los *qadmosies*, la mas extraña de esas tribus, y que se distingue por un culto particular.

Su país se divide en tres distritos principales, arrendados por jefes llamados *Mogaddamin*; llevan su tributo al bajá de Trípoli, de quien reciben cada año su título. En cuanto á usos y costumbres, se parecen en muchas cosas á los drusos y los maronitas.

PUEBLOS ERRANTES Y PASTORES.

Hemos dicho que estos pueblos se dividían en tres clases: *turcomanos*, *kurdes* y *árabes-beduinos*.

Los *turcomanos* descienden de aquellos pueblos tártaros que emigraron de las márgenes del mar Caspio para esparcirse por las llanuras de la Armenia y del Asia Menor. Son pastores errantes como los árabes, con la diferencia de que siendo mas rico el país que habitan, no se ven obligados á dispersarse tanto. Sus tribus se dividen en muchos *ordus* ó campos, cada cual con su jefe.

Los *kurdes*, oriundos del país llamado Kurdistán, habitan las cercanías de Alejandreta y las márgenes del Eufrates. Jenofonte habla de ellos en su *Retirada de los diez mil*, lo que les da una antigüedad bastante respetable. Viven en un estado de democracia feudal, fraccionados como se hallan en varios campos, que reconoce cada cual su jefe. Forman castas errantes que han adoptado las costumbres de los kurdes y de los árabes. El conjunto de estos pueblos puede formar un total de 140,000 tiendas, ó sea igual número de hombres en estado de manejar las armas. Les preocupa mucho la nobleza; son musulmanes y hablan una lengua cuyo fondo es el persa.

Los *árabes-beduinos* (1) son de todos los pueblos de

la Siria aquellos que tienen mayor celebridad, tanto por el papel que han desempeñado en Asia y en Africa, como por sus costumbres primitivas y la antigüedad de su origen, pues la tradición les hace descender de *Ismael, hijo de Abraham y de Agar*.

La habitación bajo las tiendas y cerca de las fuentes, los silos para la conservación del trigo, y las cisternas, todo esto tenían los pastores de la Biblia. Los árabes no han cambiado nada. Sin embargo, ahora se dividen en pastores y labradores, lo que indicaría una tendencia sedentaria.

Tales son los habitantes de la Siria que los soldados franceses encuentran á cada instante en su paseo civilizador y beneficioso para las tribus cristianas.

E. S.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

En el acento de su voz adiviné qué era esa cosa que él parecía contar por nada, pero que toda mujer de corazón habría apreciado como un tesoro: el amor de un hombre como John Halifax, amor que no debía acabar mas que con su vida.

— ¿Hago mal, Phineas?

— Quizá; no sabría decirlo: tú eres el mejor juez.

— Sí, dijo, tengo razon; no puede haber esperanza para mí... debo guardar silencio.

Yo no era enteramente de su parecer, pues no veía porqué un jóven como John Halifax podía estar condenado á amar sin esperanza. Pero juzgué prudente no darle consejos en una circunstancia tan delicada.

Jonh fué el primero que rompió el silencio, y repuso como si hablara consigo mismo:

— ¡Y decir que ella fué quien dió el primer testimonio de bondad á un pobre muchacho sin familia y sin asilo! Nunca lo he olvidado... ese recuerdo ha sido siempre un gran consuelo para mí... ¡Y esa cicatriz en su pobre brazo!... ¡Brazo querido!... ¡Cuánto habría dado esta mañana por...

Y se detuvo como interrumpido por el pudor instintivo que experimenta todo hombre de corazón que vacila todavía en creerse amado de aquella á quien ama.

Yo no pude menos de suspirar.

Jonh se volvió diciendo:

— Phineas, no debeis creer que este sentimiento que me prometo comprenderéis un día, influya en nada sobre la amistad que os profeso á vos, amigo y hermano mio.

¡Dulces palabras! ¡Ellas fueron un bálsamo divino para mi tierna y celosa amistad!

Nos estrechamos la mano en silencio, y de este modo se cerró la herida de mi corazón.

Aquella noche nos despedimos de distinta manera que en las anteriores. La gran prueba de nuestro afecto reciproco habia pasado; fuesen cuales quisieran los nuevos lazos que aun debíamos formar en el mundo, nuestros dos corazones debían permanecer unidos hasta la muerte.

El día siguiente amaneció sereno y un poco vaporoso. Una red de perlas brillantes parecia tendida sobre la yerba. Los rayos del sol iluminaban las copas de mis alamos y las colinas que se veían en el horizonte, dejando aun la casa de las Rosas y el valle envueltos en las sombras de la mañana.

John me llamó para que fuera con él á la altura.

En efecto, nos dirigimos á ella, donde ya no debíamos encontrar á la jóven, de quien no dijimos una palabra.

John estaba sereno, si bien la suave expresion de su rostro habia dado lugar a una gravedad impropia de sus años.

Llegamos á la parte de la meseta que dominaba el cementerio. Nuestras miradas se fijaron á un tiempo en el punto donde la tierra recién removida representaba un sepulcro que aun no tenia nombre. Una persona estaba en pie, inmóvil al lado de aquella tumba.

Aunque yo no la hubiese reconocido, el aire de John me habria dicho quién era. Una palidez mortal cubrió de repente su rostro; su serenidad le abandonó, todas sus facciones se agitaron, sentí oprimirse mi corazón al ver con qué fuerza su amor le dominaba.

— ¿Nos vamos? le pregunté; ¿quieres que demos un buen paseo por el otro lado de la meseta? Ella no tardará en marcharse de la casa.

— ¿Cuándo se irá?

— Antes del medio día segun he oido decir; vámonos.

Y se dejó arrastrar, pero al cabo de algunos pasos se detuvo diciendo:

— No puedo, Phineas, no puedo; es preciso que la vea otra vez, otra vez no mas.

Pero no podíamos verla del sitio en que nos habíamos parado. Le oimos cerrar la puerta del cementerio. ¿Hacia qué lado se habia ido la jóven? Esto es lo que no podíamos saber.

John se dirigió con demasiada rapidez hacia la casa para que yo pudiera llegar al mismo tiempo que él.

Miss March estaba delante de la casa buscando una rosa fresca entre las matas marchitas que rodeaban las ventanas del salon bajo.

Nos vió y nos saludó, aunque no sin demostrar una emocion ligera.

— Todas están pasadas, dijo con aire triste.

— Quizá os encontraré una un poco mas arriba, dijo John, cuyo aire sereno me sorprendió.

— No, muchas gracias; desearia coger un ramo para llevármelo, pues hoy salgo de aquí, M. Halifax.

— Así lo he oido decir.

Ni siquiera añadió la frase de rigor: « Lo siento mucho. » Me pregunté si esta omision habia llamado la atención de la jóven, pero no; éramos para ella unos simples conocidos que la afliccion habia acercado á ella, y que por este concepto merecian ciertas atenciones por su parte. ¿Quién habria podido engañarse sobre la emoción que demostraba?

Miss March nos suplicó que la siguiéramos á la casa; aun tenia algo que decirnos, añadió, aludiendo á la bondad que la habíamos demostrado.

Así por última vez nos hallamos los tres juntos en la casa.

— Sí, me marchó, dijo tristemente.

— Y nos prometemos que la felicidad os acompañará por todas partes, repuse yo.

— Mil gracias, M. Fletcher.

Esta entrevista tenia algo de singular. Parecíamos tres ancianos que habian sufrido todas las pruebas de la vida, mas bien que dos muchachos y una niña en toda la fuerza de la juventud.

— Las circunstancias han decidido ayer mi suerte, repuso miss March; voy á vivir algun tiempo con mis primos los Brithwood. Creo que es lo mejor que puedo hacer; lady Carolina es muy buena, y yo me hallo enteramente sola.

La conversacion continuó un breve rato entre miss March y yo. John apenas tomaba parte en ella, y permanecía sentado junto á la ventana con el rostro medio cubierto por su mano. ¡Ah! ¡Si miss March hubiese podido ver la mirada que clavaba en ella!

Pero el tiempo volaba. ¿John iba en fin á revelar á miss March cuál era su posición en el mundo? ¿Habia ella sabido ó adivinado alguna cosa? ¿O éramos simplemente para ella, como parecia, dos gentlemen de Norton-Bury?

— Me prometo que no me despido de vosotros para mucho tiempo, nos dijo. Creo que permaneceré algunas semanas en Mythe House. ¿Estareis mucho aun en Enderly?

Yo la respondí que no habíamos decidido nada sobre este punto.

— Pero ya que vivis en Norton-Bury, pienso que permitireis á mi primo que os manifieste en su propia casa toda su gratitud y la mia por las atenciones y bondades que me habeis prodigado en mi afliccion.

Nosotros guardamos silencio. Miss March pareció sorprendida, herida quizá; pero cuando su mirada encontró la de John, desapareció todo su orgullo.

— M. Halifax, exclamó, no conozco á mi primo, pero os conozco á vos. ¿Queréis decirme francamente, si le juzgais indigno de vuestra amistad?

— El me juzgaria indigno de la suya.

Miss March se sonrió con aire incrédulo.

— ¿Porqué? ¿Porque no sois rico? Me basta que mis amigos sean *gentlemen*.

— M. Brithwood como otras muchas personas contestarian mis derechos á ese título.

La jóven retrocedió involuntariamente.

— No os comprendo, dijo con sorpresa.

— Permitidme entrar en explicaciones, dijo mi amigo mirándola con serenidad, como si el movimiento de miss March le hubiese devuelto toda su altanería. Es justo, señorita, que sepais quién soy, y quién es la persona que honrais con vuestra benevolencia. Habria debido quizá decíroslo antes, pero aquí, en Enderly, vivimos bajo un pie de igualdad.... como amigos, por decirlo así.

— Y así me ha parecido que debía ser.

— Por eso me perdonareis mas fácilmente por no haberos dicho... lo que nunca me habeis preguntado, lo que yo me hallaba demasiado dispuesto á olvidar.... que no somos iguales... al menos, la sociedad, así lo juzgaria; y no dudo que vos misma consintierais en tenerme por amigo.

— ¿Y porqué no?

— Porque vos sois una señora y yo un industrial.

Se conoció que esta noticia era un golpe para la jóven. No podia ser de otro modo, con la educacion que habia recibido.

Miss March se quedó con los ojos bajos sin pronunciar una sola palabra.

John repuso con voz mas firme y altanera:

— Mi profesion es la de curtidor, como os dirán muy luego en Norton-Bury. Soy dependiente de M. Abel Fletcher, el padre de Phineas.

— ¡M. Fletcher! dijo miss March clavando en mí una mirada suave y triste.

— Sí, pero la posición de Phineas es muy diferente de la de John Halifax. Phineas es rico y ha recibido una buena educacion, en tanto que la mia está por hacer. Hace seis años llegué á Norton como un mendigo... sin embargo, no enteramente, pues nunca he mendigado... siempre he trabajado ó sufrido el hambre.

El tono enérgico y apasionado con que pronunció estas palabras asombró á la jóven, que alzó los ojos á él, aunque volvió á bajarlos al punto.

— Sí, Phineas me encontró en una callejuela, casi muriéndome de hambre... Estábamos al abrigo de la lluvia enfrente de la casa del alcalde... cuando una niña, que vos conoceis, miss March, apareció en el umbral de la puerta y me arrojó un pedazo de pan...

Miss March se estremeció.

— ¡ Vos! ¡erais vos!

(1) El nombre de beduino, que se ha dado á los árabes pastores, proviene de la palabra *bedani*, que significa hombre del desierto.

— Yo era. Nunca he olvidado á aquella niña, repuso; muchas veces cuando he estado á punto de cometer alguna falta, el recuerdo de su lindo semblante y de su tierna compasion me ha preservado de toda accion mala.

Aquel lindo semblante estaba ahora oculto con el almohadon del sofá, en donde miss March estaba sentada. Parecia estar conmovida profundamente.

— Muy contento estoy por haberla vuelto á ver, continuó John; muy contento por haber podido hacerla un ligero favor, en cambio del inmenso bien que ella me hizo un dia.... Voy á despedirme de ella para siempre....

— ¿Porqué? preguntó miss March alzando vivamente la cabeza.

— Porque el mundo supone que no somos iguales; y seria poco honroso para miss March y para mí tambien, el querer obligar á los hombres á reconocer lo que quizá yo podré probar un dia abiertamente, que somos iguales.

Miss March le clavó los ojos; su fisonomia denotaba á la vez la sorpresa, el placer y el orgullo; pero se contentó con alargarnos la mano en silencio.

John se levantó, y al llegar cerca de la puerta se detuvo.

— Miss March, exclamó al cabo de una pausa, quizá ya no os veré nunca... al menos como os veo hoy... ¿Quereis permitirme que mire otra vez la señal de aquella herida que recibisteis por mi causa?

El brazo izquierdo de la jóven estaba apoyado en el almohadon del sofá; John la tomó la mano.

— ¡Pobre mano!... ¡Mano querida!... ¡Dios la bendiga siempre, siempre!...

Y luego bajándose con presteza, estampó sus labios sobre la señal de la herida.

Un instante despues habia desaparecido.

Miss March dejó aquel dia la casa de las Rosas, donde nosotros nos quedamos solos.

XVI.

Era el invierno. Los hermosos dias de Enderly habian huido... habian huido como un sueño, y nosotros no habiamos oido hablar mas de aquella que tanto habia embellecido á nuestros ojos.

Yo me paseaba con mi amigo por el camino que conducia á Mythe-House, casa que estaba cerrada hacia muchos meses, porque se hallaba ausente la familia.

El Avon habia crecido inundando las praderas, y luego de repente los frios las habian convertido en campos de hielo, á los que acudian los patinadores de la comarca.

El camino presentaba el aspecto mas alegre y animado. Parecia que todos los habitantes de Norton-Bury habian desertado de sus casas. No encontráramos uno que no cambiara un saludo con mi compañero; era para mí una sorpresa encantadora el ver que el número de los conocidos de John se habia aumentado considerablemente.

Llamó mi atencion sobre todos, una señora de cierta edad, compuesta como una solterona y radiante como una matrona afortunada. Era Mrs. Jessop, el primer y único amor de nuestro buen doctor, quien se habia casado con ella hacia poco, con asombro de todos.

Esta señora saludó á John con aire gracioso y prosiguió su camino.

— Parece que te quiere mucho, dije yo á John.

— Creo haberlo dicho que tanto ella como su marido han sido muy buenos para mí durante mi estancia en Lóndres el mes pasado.

Me lo habia dicho en efecto, dándome algunos detalles sobre aquel viaje. Pero desde hacia algun tiempo hablaba poco, y yo respetaba su silencio, por temor de renovar dolores en su corazon. Nuestra amistad era demasiado firme para que aquella reserva la pudiera atacar en lo mas mínimo.

Un poco mas lejos encontramos á la misma señora, que se habia detenido á ver cómo patinaban.

Al pronto se acercó á John clavando en mí una mirada curiosa.

— Adivino quién es vuestro amigo, aun cuando no me lo presentéis (John se apresuró á llenar esta formalidad). Tom y yo nos preguntáramos qué habia sido de vos, M. Halifax. ¿Estais mejor de salud que en Lóndres?

— ¿Ha estado enfermo en Lóndres? pregunté yo.

— M. Phineas, interrumpió mi amigo, es decir, estuve indispuerto lo suficiente para granjearme la benevolencia de M. y de Mrs. Jessop.

— Y sin embargo no habeis venido á darnos las gracias; no habeis querido atravesar el umbral de nuestra puerta. ¿Vuestra conciencia no os echa en cara tal ingratitud?

— A la verdad, señora, no es ingratitud, dijo mi amigo sonrojándose.

— Lo sé, lo sé, repuso la señora; pero decidme porqué no habeis venido.

John vaciló.

— No podeis tener duda sobre el interés que os profesamos mi marido y yo, continuó la señora; decidme la verdad con toda franqueza.

— La diré pues; he creído que la bondad que me habeis demostrado en Lóndres no me autorizaba para presentarme en vuestra casa en Norton-Bury, donde quizá no os fuera agradable el contiunar mi trato, así como al doctor.

Mistress Jessop le miró con mas benevolencia que antes.

— Gracias, M. Halifax, eso se llama hablar con franqueza; pero ahora me toca á mí. Me han dicho que sois un industrial, y á mí me parece que sois un gentleman. No creo que estas dos cosas sean incompatibles, y así piensa tambien mi marido. Celebraremos que vengais á nuestra casa cuando gustéis y del modo que querais.

Y le tendió la mano; John la tomó inclinándose respetuosamente.

— Venid los dos esta noche, añadió.

— Aceptamos, y prévia su invitacion continuamos con ella nuestro paseo.

Yo no podia menos de observar á Mrs. Jessop con cierta curiosidad. En Norton-Bury decian que nunca habia sido mas que una pobre institutriz, pero el recuerdo de aquella triste aurora no parecia haber dejado sombra alguna en la hermosa tarde de su vida.

Su rostro rebosaba franqueza y felicidad á despecho de sus arrugas y de sus facciones un tanto acentuadas. Hasta agradaba oír, aunque hablaba mucho y con el acento del pais de Gales. De cuando en cuando el sonido de su voz me recordaba otra... Sí, era muy fácil comprender porqué John queria á Mrs. Jessop.

— Conozco muy bien este camino, M. Halifax, repuso, pues un año pasé todo el verano en Norton-Bury con una discípula que ya no es una niña en la actualidad. Voy justamente á Mythe House á preguntar por ella. Los Brithwood han vuelto ayer.

No tuve ánimo para mirar á mi amigo... Mrs. Jessop no podia sospechar el efecto, que aun en mí, producian sus palabras.

— Creo que permanecerán algun tiempo aquí, continuó la señora... Y no tengo muchos deseos de ver á lady Carolina; es muy buena para mí, seguramente, pero creo que no olvida nunca lo que á Tom no le gusta, que recuerde tan á menudo que he sido la pobre institutriz Jane Cardigan...

— ¡Jane Cardigan! exclamó yo.

— ¿Conoceis mi nombre, M. Fletcher? Ahora me acuerdo... yo tambien creo haber oido pronunciar el vuestro... no, no es posible... sin embargo, seria singular; ¿habeis oido hablar alguna vez de una señorita llamada Ursula March?

John se puso encarnado como la grana.

Su confusion fué notada por la señora que pareció sorprenderse y tomó un aire un poco serio.

— Hemos tenido el honor de conocer á miss Ursula March el verano pasado en Enderly, respondí yo.

— Sí, ahora me acuerdo, dijo la señora con tono ceremonioso. Miss March me ha hablado de dos jóvenes que fueron muy buenos para ella cuando la muerte de su padre... uno llamado M. Fletcher que tenia un amigo... ¿era M. Halifax?

Yo me encargué de la respuesta, pues John no se hallaba en estado de pronunciar una palabra. ¡Ay! Veía yo que todas mis esperanzas habian sido vanas, que mi largo silencio habia sido inútil... No la habia olvidado; no era hombre que olvidaba.

Mistress Jessop continuó dirigiéndose á mí:

— A la verdad os debo gracias á entrambos. La posicion de aquella criatura era penosísima. Yo lo supe todo despues, pero me lisonjea el pensar que en medio de la afliccion fuvo la suerte de encontrar extraños (me pareció que Mrs. Jessop acentuaba esta palabra), tan atentos y tan simpáticos.

— Difícil seria obrar de otro modo con miss March, exclamé; ¿y está buena? ¿se ha consolado ya un poco de la muerte de su padre?

— Parece que sí. A Dios gracias, hay pocas penas ó quebrantos que á su edad duren mucho. Pero es una excelente jóven; ha cumplido con sus deberes hasta el fin, y la tarea no era fácil. Para ella comienza, digámoslo así, una nueva vida; creo que será dichosa. Ahora es tiempo de que nos despedamos.

Habiamos llegado delante de la verja de Mythe-House. John echó una mirada á la inmensa portada de hierro y pasó adelante.

— M. Halifax, ¿me prometeis que vendreis á vernos?

— Sí, señora, ya que lo deseais.

— ¿Y me prometeis tambien ser franco conmigo en todo y por todo?... Sí, lo leo en vuestros ojos; ¡adiós! Y se cerró la verja.

Nosotros continuamos en silencio nuestro paseo; llegados á la barrera nos apoyamos en ella un instante sin decir una palabra.

— Este viento penetra los huesos, exclamó al fin mi amigo; debeis tener mucho frio, Phineas.

Habia llegado la ocasion de hablar, de pedirle que me confiara su pena.

— Hace mucho tiempo que no me has dicho nada, John; una confidencia te aliviaria.

— Nada puede aliviarme, nada; pero tengo que resignarme. ¡Dios mio! ¡Qué no he sufrido desde hace cinco meses!... Me devora una sed ardiente... ¡y ni una gota de agua para apagarla!... añadió exponiendo su frente al viento helado que corria. ¡Dios me perdone! continuó, pero hay horas en que me parece que me daria en cuerpo y alma á Satanás por verla otra vez, por tocar otra vez su mano.

¿Qué responder á estas palabras? Esperé á que el acceso de la pasion hubiera pasado, y luego le recordé, lo que era probable, que quizá la veria dentro de poco.

— Sí, pero de lejos, como veo aquella nube... ¡Ah! No así... sino en mi casa... cerca de mi corazon, quisiera verla... Phineas, prosiguió con voz sofocada, habladme de otra cosa ó perderé el juicio.

En efecto, yo tambien lo temia, y esta idea me desgarraba el corazon... ¡Cómo!... ¡Yo le habia visto tan sereno, tan firme, ocupándose tranquilamente en sus tareas!... ¡y él alimentaba siempre aquel amor... aquel amor sin esperanza!...

— ¿Y has podido trabajar todo este tiempo?

— Era preciso. Unicamente el trabajo podia salvarme de la desesperacion. Además, continuó con una risa forzada, en la teneria estaba bien seguro... su recuerdo no podia penetrar allí... y yo lo celebraba. Trataba de sumergirme en mi aislamiento, de acordarme bien de lo que soy... ¡un aprendiz de curtidor!...

— ¡Oh! John, haces mal en todo eso.

— Tambien lo he llegado á creer... Entonces quise ser un gentleman... ya lo sabeis... era un sueño antiguo... y marché á Lóndres.

— ¿Y allí has visto á los Jessop?

— Sí, pero ignoraba que Mrs. Jessop fuese Jane Cardigan.

Yo guardé silencio.

— No has acabado de contarme todo lo que has hecho en Lóndres, le dije al cabo de una pausa. ¿Has oido hablar de ella?

— No, pero sabia quién era, y me decia que respiraba el mismo aire que ella, que quizá podria descubrirla... Con este intento me paseaba por las calles y por los parques, me ponía á las puertas de los teatros y el domingo en las entradas de las iglesias... pero ¡oh fatalidad!... jamás se ofreció á mi vista.

— John, exclamé yo al fin, ¿qué te propones?

— ¿Qué me propongo?... Nada. A veces sin embargo, estoy tentado de escaparme á la India como aquel jóven Warxen Hastings de quien hablamos, para volver muy rico dentro de veinte años y casarme con ella.

— ¡Casarte! dije yo tristemente.

— Sí, entonces podria hacerlo, y esto es lo que trastorna mi pobre cabeza. Conozco que si fuéramos iguales, podria despertar en ella un amor como el que yo la tengo; sí, estoy seguro... ahora mismo, cuando no soy nada, hay momentos en que me parece que tendria valor para adelantarme á ese porvenir de mis sueños, para ir á ella, hablarla y decirle que la amo, que me eró digno de su mano, y que nunca será sino mia; en este mundo ó en el otro.

Y al decir estas palabras levantó sus ojos al cielo.

La luna se elevaba lentamente por encima de una nube de color de púrpura. Su vista pareció sosegarle un poco; algunas lágrimas brillaron al borde de sus párpados.

— Nunca volveremos á hablar de esto, Phineas; no quiero darte mas pena... en lo sucesivo trataré de ser mejor hermano... ven, querido mio.

Y pasó mi brazo bajo el suyo y tomamos el camino de la casa.

Llegados á la teneria me propuso ir á buscar á mi padre; á mi pobre padre cuyo mal humor crecia mas y mas, pero que ya no podia pasar sin mi amigo. Aunque este último no tenia todavia mas que el titulo de aprendiz, casi todo el cuidado de los negocios pesaba sobre él, si bien no cesaba de respetar y de hacer respetar á su amo.

¡Era de ver cómo el semblante de mi padre se reanimó al distinguir á John, y con qué gusto se apoyaba en su brazo para volver á casa.

Así atravesamos Norton-Bury donde todo el mundo nos conocia y donde casi todos nos saludaban, ó mejor dicho, saludaban á uno de nosotros, segun habia observado aquel dia.

Pero mi padre andaba con un aire grave y severo frunciendo el ceño á cada nuevo saludo que John recibia.

— Muchos amigos tienes, John; cuenta que no sean demasiados.

— No son amigos, sino simples conocidos, respondió John con suavidad, pues siempre sabia cómo habia de conducirse con mi padre.

No obstante, el mal humor de Abel Fletcher creció de punto cuando vió el cochecito del doctor Jessop que se acercaba, y que una señora hacia una señal á John para que se acercase.

— ¿Podreis venir mañana con M. Fletcher en lugar de esta noche? le dijo. Lady Carolina Brithwood desea mucho veros.

— ¿A mí?

— Sí, á vos, dijo la buena señora sonriendo; á vos, el héroe popular, que habeis sabido apaciguar un motin dando cuenta de ello á M. Pitt en Lóndres. ¿Porqué no nos lo habeis dicho? Lady Carolina no habla mas que de eso; la conozco, no me dejará en paz hasta que os haya visto. Prometedme que ireis, os lo pido por nuestra amistad.

Y Mrs Jessop partió sin esperar respuesta.

— ¿Qué quiere decir eso? preguntó secamente mi padre; ¿adónde vas, John?

Estas palabras eran siempre la primera señal de las amonestaciones que nunca dejaba de dirigir á John cuando le veia otra casaca que la casaca gris que llevaba ordinariamente, y cuando tenia recelos de que frecuentaba otra sociedad que la nuestra.

John soportaba con paciencia estos ataques; pero esta vez sin responder, se pasó repetidas veces la mano por la frente.

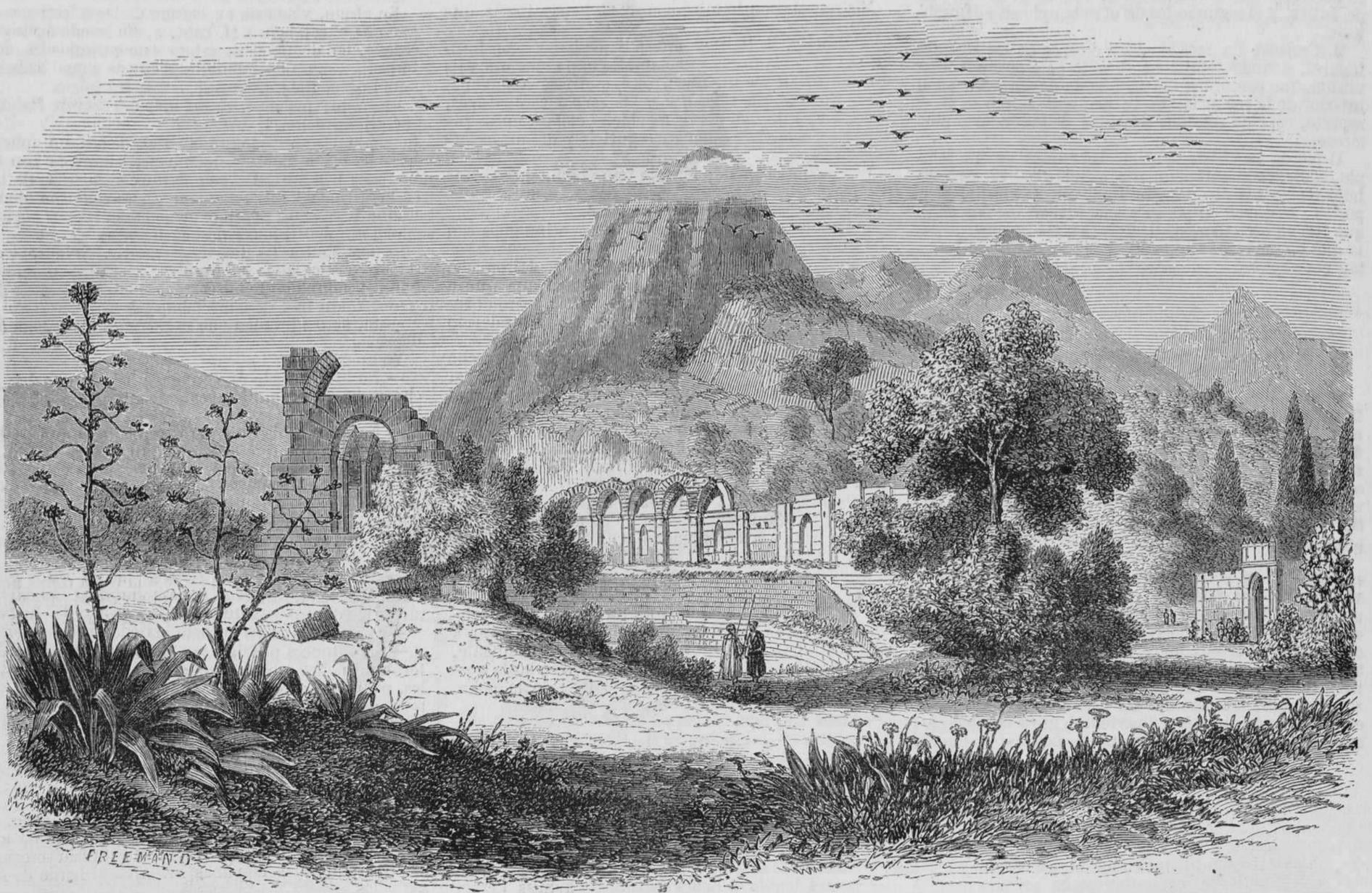
Abel Fletcher repitió su pregunta.

— ¡Sí, señor... es Mrs. Jessop!...

— Ya lo sé, murmuró mi padre; el doctor es un loco á pesar de sus años; ¿á quién quiere que veas?

— ¡A ella!... ¡es decir, á lady Carolina!...

— Lady Carolina desea particularmente ver á John, padre mio.



RUINAS DE UN TEMPLO DE ZAHUANA (Regencia de Tunes).

Abel Fletcher se detuvo, y dando un bastonazo en el suelo, miró á John de piés á cabeza.

— ¡A tí!.... ¡una mujer tan encopetada desea verte!.... Muchacho, eres un hipócrita.

— ¡Abel Fletcher!

— Ya lo sospechaba... ya habia previsto cómo acabaría todo esto... ¡Has ido á Londres... á arrastrarte ante los poderosos de la tierra, á despreciar tu honrada profesion... á pasar por un gentleman!...

— Espero serlo.

Las palabras no podrian pintar el estupor de mi padre.

— ¡Oh! ¡jóven!... exclamó; ¡pobre cabeza loca!... El Señor tenga piedad de tí.

John se sonrió; pensaba en otra cosa. Abel Fletcher continuó con voz irritada:

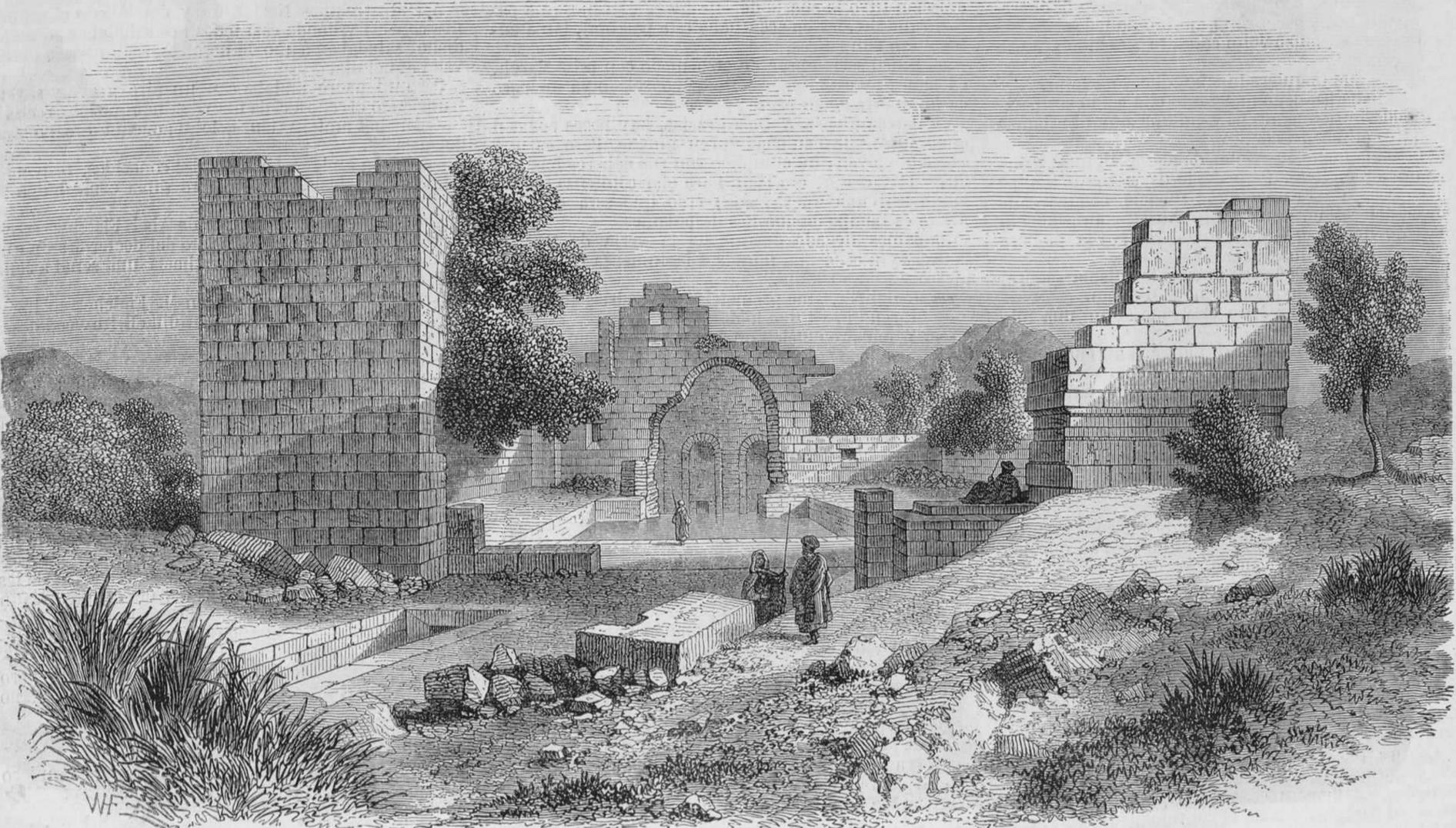
— ¡Y tú buscas la proteccion de un gentleman como Ricardo Brithwood! de un hombre que pasa su vida en jugar y en cazar, ó bien de una lady tal como su mujer, educada en medio de las abominaciones que se

cometen en Francia, y de la vida licenciosa de Nápoles, donde vivia, aunque aqui lo oculta, con esa vil criatura que se llama lady Hamilton!

(Se continuará.)

Ruinas de dos templos en Zahuana (regencia de Tunes) y en el Djugh-Karc.

Un artista francés, M. A. Crapelet, es el autor de los dos dibujos que publicamos y que representa el prime-



TEMPLO RUINOSO Á LA FALDA DE LOS MONTES DEL DJUGH-KARC.

ro las ruinas de un templo en Za huana, en la regencia de Tunez, y el segundo las de otro templo en el Djugh-Karc.

M. Crapelet ha sacado estos dibujos en los mismos lugares, cuando estaba en camino para cumplir una mision, que por orden del bey debia desempeñar en el interior de la regencia. En la primera lámina se ve el aspecto, copiado con toda fidelidad, de ese desierto pintoresco.

Al pié de la cuesta se alzan las ruinas de un templo, consagrado antiguamente á Neptuno. El otro dibujo representa otro templo mas ruinoso aun, si bien por lo que queda en pié se puede juzgar todavía de lo que fué en otro tiempo. M. Crapelet es el primer artista que ha penetrado en esas comarcas, que todavía están por explorar.

Objetos de arte y curiosidades.

Es de notar que desde hace muchos años bajo la influencia de un gusto que cada vez se extiende mas y mas, los objetos de arte, sobre todo los de alta curiosidad, adquieren en las ventas públicas precios fabulosos. Hay objetos de estos que comprados por 300 francos hace diez años en la almoneda Sommerson, se han vendido por 3,000 francos en 1849, en la almoneda Ratier. Este aumento de precio se aplica en la misma proporcion á todo objeto que tiene alguna fama.

Largo seria examinar si esta pasion reciente se funda en algo serio y positivo; se trata solo de consignarla añadiendo, que puesto que el progreso existe, seria oportuno, para que su desarrollo pudiese servir de guia al gusto en el arte moderno, el hallar en la comparacion un medio de estudio inteligente y razonado. ¡Cuánto interés no presentaria el ver reunidos en un salon todos esos tesoros que están aislados y diseminados actualmente; toda esa flor del arte antiguo despertada en los últimos diez años y perteneciente á las colecciones Debruge, Humann, Ratier, de Courval y Fould.



E de B.

ESPADAS DE LA ÉPOCA DE LOS MÉDICIS.

Semejante exposicion seria tan curiosa como útil. La idea primera de esta exposicion de las colecciones particulares pertenece á M. Laborie, aficionado distinguido que posee un precioso gabinete de curiosidades, donde nos ha permitido dibujar algunas de ellas. Nada debe ser mas fácil de organizar, á nuestro juicio.

Hé aquí una muestra del arte del *armero italiano* á principios del siglo XVI.

Espada de hierro negro realizado de oro con aplicaciones de plata; la empuñadura está adornada con mascarones á la antigua, con figuras alegóricas en bajo-relieve y sátiros de bulto, enlazados con ornatos cincelados y calados. Sobre el pomo están representados en medio relieve dos asuntos, el *Heroismo de Curcio* y de *Horacio Cocles*. La hoja de forma cimitarra, está enriquecida cerca de la guarnicion, de trofeos adamasquinados de oro; en toda ella tiene incrustaciones de flores de plata oscura sobre fondo negro.

Esta espada proviene de la coleccion del vizconde de Courval. C. E.

El castillo de Pierrefonds.

Nada mas rico en recuerdos históricos que todo el país que rodea á Compiègne: las ruinas del castillo de Pierrefonds son una de las grandes curiosidades de esa comarca tan curiosa.

Aun están en pié los restos gigantescos de esa fortaleza feudal dismantelada por orden de Richelieu en el corto período de tiempo en que ocupó por primera vez el ministerio, dominando majestuosamente el paisaje, y formando con las casas blancas de la aldea un contraste que parece poner en presencia dos civilizaciones diferentes.



S. M. EL EMPERADOR VIENDO LAS OBRAS DE RESTAURACION DEL CASTILLO DE PIERREFONDS, EN EL BOSQUE DE COMPIEGNE.

Ha habido dos castillos en Pierrefonds; el primero estaba situado en una altura ocupada hoy por la granja del Rocher y á 100 metros de distancia de las ruinas actuales. La jurisdicción de los antiguos señores de Pierrefonds era muy grande. Casi todas las poblaciones situadas en las márgenes del Oise habían llegado á ser en cierto modo sus tributarias. — Esta familia se extinguió, y el castillo fué abandonado á los frailes de San Sulpicio.

El segundo castillo, cuyos soberbios restos se admiran todavía y se admirarán mejor en lo sucesivo, gracias á la restauración inteligente que se hace en el día, fué construido en 1390 por el duque de Orleans, hermano de Carlos VI y esposo de Valentina de Milan, que fué asesinado en Paris por Juan sin Miedo en 1407. Este edificio, considerado como una maravilla de la época, fué cimentado casi enteramente en la roca, y formaba un cuadrilátero irregular cuya superficie es de 6,720 metros cuadrados; estaba flanqueado por ocho torres desiguales de 128 piés de altura.

A principios del siglo XV, Bosquiaux, comandante del castillo, defendió Pierrefonds en nombre del hijo del duque de Orleans contra los borgoñones á quienes rechazó; mas tarde le rindió por orden del duque al conde de Saint-Pol, mediante la suma de 2,000 escudos de oro. Cuando se hizo la paz en 1413, el conde de Saint-Pol debió restituir ese castillo fuerte al duque de Orleans; pero habiéndose negado este á reembolsar toda indemnización, en el momento de rendirle le incendió, y las llamas devoraron algunas torres. Bosquiaux quedó de nuevo al frente del castillo, y después de algunos combates hubo de rendirle á los ingleses, y le permitieron que se retirase al castillo desmantelado de Choisy del Aisne. En el año siguiente tuvo que sufrir el sitio del duque de Bedford, y habiendo caído prisionero, fué llevado á Paris donde fué decapitado.

Después del valiente capitán vino el bandido; el castillo de Pierrefonds, que habia sido reparado por Luis XII, cayó en 1588 en poder de los de la Liga; su mando fué dado á un soldado intrépido llamado Rieux, que estaba á la cabeza de una cuadrilla de bandidos que habian salido en las guerras civiles; para sostener á su gente, se lanzaba de tiempo en tiempo de su guarida, y saqueaba y talaba toda la comarca.

Por orden de Enrique IV, el duque de Epernon cercó en 1591 el castillo de Pierrefonds; mas tuvo que levantar el sitio. Lo mismo se vió obligado á hacer en el año siguiente el mariscal de Biron destrozado por el fuego mortífero de los cañones de Rieux. En 1593 Rieux estuvo á punto de coger á Enrique IV; pero al cabo fué sorprendido él por un destacamento de la guarnición de Compiègne en una emboscada en que se habia puesto para robar al paso dos carruajes públicos. Fué ahorcado en Compiègne, y la Liga perdió en él á uno de sus campeones. Saint-Chaumont acudió á tomar el mando del castillo de Pierrefonds, que habia confiado á Rieux, y mas tarde le rindió á Enrique IV, quien le conservó.

En tiempo de Luis XIII, la defensa del castillo fué confiada por el partido de los *descontentos* á un capitán llamado Villeneuve; el cual, como careciera de víveres, comenzó á repetir las techorias de Rieux. Luis XIII recibió de ello muchas quejas, y Richelieu mandó á Carlos de Valois que pusiera sitio al castillo. Carlos de Valois hizo capitular al defensor, y entonces Richelieu mandó desmantelar aquella guarida de los tiempos feudales. Sin embargo, la solidez y grueso de los materiales opusieron tal resistencia, que se contentaron con arrancar las techumbres y cortar en varios puntos los muros y las torres. Era esto en 1617. Las ruinas, que pertenecían entonces á la casa de Orleans, fueron vendidas en el año XII por la suma de 8,100 francos. Napoleón las compró después, y hoy pertenecen al patrimonio. Ya en 1848 se emprendieron obras para limpiar la entrada principal y los subterráneos; pero en estos últimos tiempos es cuando se han emprendido grandes trabajos para la completa restauración de las ruinas, por orden de Napoleón III. La dirección de estas obras está confiada á M. Viollet-Leduc. El emperador, durante su última residencia en Compiègne, ha visitado Pierrefonds, mostrándose satisfecho del aspecto que presentan las primeras obras: nuestra lámina representa esta visita.

A. J.

Apuntes de un viaje

Á LA PROVINCIA DEL CHOCHÓ EN 1853.

Era la provincia del Chocó aquella por donde habian de principiarse los trabajos, y como nos encontrábamos á fines de enero, hacíase indispensable cuanto antes el invadirla, atravesando la cordillera llamada occidental, que es la mas antigua de las dos que cruzan aquella provincia, y que nace de la trifurcación andina en la de Popayan. Ganada así la hoya del río San Juan, que da su nombre á uno de los dos cantones chococanos, podíamos recorrerlo, y por él y el Arrastradero de San Pablo llegar hasta el río Quito, y bajar por este al Atrato, que rodando como un mar corriente, pasa por delante de Quibdó, edificada á su orilla. Operación era esta que no podía aplazarse en manera alguna, porque las lluvias comienzan en aquel país con el mes de abril, continuándose casi por todo el resto del año, con mayor ó menor fuerza; y las observaciones astronómicas no podrían verificarse sin verle la cara al sol, el que desde ese mes suele esquivamente encubrirela

por allí, con mas de un espeso velo de nubes oscuras y tormentosas; circunstancia que haría inútil la excursión, si no la hiciera imposible además el crecimiento, con el invierno, de las quebradas y los ríos que hubieran de remontarse.

Pero era el caso que nos hallábamos en Cartago, situada á la entrada del delicioso valle caucano, lecho de las aguas desbordadas en otro tiempo sobre las del lago de Caramanta, y que se dilata hácia el Sur, encajonado entre las ramas central y occidental de los Andes granadinos. Separábanos del Chocó la gruesa fila de montes que divide las aguas tributarias del Cauca, de las que se reúnen al San Juan; y debíamos emprender desde Anserma-nuevo un camino de veinte y una leguas, á espaldas de algunos de nuestros conciudadanos, que se fletan como bestias para hacer su oficio en la travesía de aquellas escabrosas y solitarias veredas.

De muy buena gana nos hubiéramos procurado extraoficialmente los cargueros necesarios, entre aquellos que de los vecinos pueblos ocurren á Cartago, para darnos sin dilación, no á la vela, sino á la montaña que por delante teníamos, y que mirábamos con recelo; si la doble circunstancia de buscarlos en crecido número y de haber caído en tiempo de fiestas, como se suele decir, no nos hubieran forzado á tocar con la autoridad. De esta habíamos tenido que prescindir, como también que renunciar á sus auxilios, cuando á nuestra llegada, casi al ponerse el sol, después de recorrer de un extremo á otro la villa, regados sobre nuestras cabalgaduras estropeadas en el Quindío, desfilando en la dirección por donde nos endilgaban las buenas gentes, y soportando las miradas y los gestos de mas de un rostro africano, en inútil averiguación del político principal, del político suplente y del alcalde, ninguno de los cuales pareció, tuvimos que ponernos bajo la salvaguardia de un honrado vecino, que sin ser jefe, fué mas político, y un lugar hubo de facilitar donde hospedarnos, sustrayéndonos bondadosamente de la cómica exhibición en que nos encontrábamos.

Instalados una vez con la mayor incomodidad posible, aunque con toda la recomendación del gobierno, en eso que su dueño modestamente llamaba casi tienda, cuando era en realidad un casi corral, aprovechóse la dilación que á nuestro viaje imponía la carencia de recursos para emprenderlo, en arreglar los instrumentos, adecuándolos para los próximos trabajos; lo que fué causa de sacarlos á luz, ordenándolos en la pieza única que de todo nos servía, y que era inspeccionada francamente desde la calle pública; con lo que se dió lugar á que en el grupo inseparable de la puerta, se cruzaran diálogos y monólogos como el siguiente, que nos dió á conocer el juicio que aquellas gentes se habian formado de nosotros y del objeto que por allí nos llevaba.

— Esos anteojos largos, dijo uno señalando los barómetros, no pueden ser sino de mágicos.

— Cabal, respondió alguno, y añadió mostrando á uno de nosotros, el jefe de la comisión en persona: ese inglés de las antiparras debe ser el brujo mayor.

— Han venido, agregó otro, á dar en las fiestas funciones de maroma y de magia negra.

A lo que solo repuso, con tono de admiración, una mulatita vecina nuestra:

— ¡Pero sí que han traído cosas los titiriteros!

Por donde se ve que en Cartago solo éramos saltimbancuís, sin que nadie, ni nosotros mismos pudiéramos imaginar, que pronto, en nuestra carrera corográfica, andando el tiempo, y andando nosotros también por el Chocó, habíamos de llegar á capuchinos, alta y barbuada categoría á que nos elevaron en Pastó y Túquerres, como lo vimos, y por poco lo tenemos que lamentar después.

Nada diremos de las fiestas de Cartago, como que no forma parte de nuestro actual propósito el hablar de las costumbres de ese lugar, en que nos encontramos puramente de tránsito. Supimos que estuvieron reducidas á juegos de toros y de cachimona para la plebe, como alguien diría, y á un baile de escote para las altas clases, como tampoco faltaría quien dijera.

Anuncióse también como cosa extraordinaria, es decir, fuera de uso, la ejecución de dos piezas de teatro. Pero nadie suponga, aunque todos lo deben suponer, que se escogieron peti-piezas, sainetes ó comedias al alcance de la multitud, para la que era el obsequio dramático, como quiera que la función tuvo por proscenio un tablado hecho en una plazoleta, y por concurrentes á todos los que quisieron pasar media noche al raso, con la cabeza descubierta, y de pié en la calle pública. Dos de esos dramas de grande espectáculo, en los que al fin se suicida hasta el apuntador, y en que se habla de lugares, de historias, de pasiones, de costumbres, de catástrofes, de córtés, de príncipes, de cardenales y de verdugos, cuyos nombres no sabían pronunciar los actores aficionados, ni habian oído jamás aquellas buenas gentes, fueron los que se eligieron con un lucidísimo acierto.

Después de un gran rato de espera, durante el cual se pidió clamorosamente la alzada del modesto lienzo que hacia de telon de boca, corrióse este, y entonces fué el reír de los espectadores, que protestaron, y se resistieron á aceptar por lord Chambeland, duque de Norfolk y sir Grammer á los tres buenos lugareños que vestidos de farsantes como en los disfraces de las fiestas caseras, aparecieron dándose tales tratamientos, y llamándose por tales nombres, revesadamente pronunciadlos.

Pero la grita subió de punto cuando apareció Enrique VIII, con una corona que tenia que mantener so-

bre la cabeza con una mano, para que no se cayera á lo que se movía, y vestido en lo demás á la *dernière* de estos tiempos, lo que quería decir no mas, que aquel rey antojadizo era muy previsivo en materia de modas; y cuando empezó á hablar, dirigiéndose mas que á su interlocutor á las masas ahí congregadas, de Eduardo, de Malcolm, de Guillermo el Conquistador, de Guillermo el Rojo, de Edgardo, de David, sucesor de este y padre de Estéban, de la emperatriz Matilde, de los Ricardos de Escocia y de otros nombres y otras cosas de la *Catalina Howard*, demasiado conocidos, por supuesto, tanto en los teatros de Paris como en los andamios de Cartago.....

El jefe político ordenó al alcalde, y el alcalde ordenaría al alguacil, como siempre sucede en nuestros pueblos, la solicitud inmediata de los peones que necesitábamos. Y con tal actividad hubo de obrarse, que solo cuatro días tardamos en tenerlos á nuestra disposición, ó mas bien, en ponernos nosotros á la de ellos; pues que no salimos sino hasta el día y la hora que ellos tuvieron á bien.....

Demora Anserma-nuevo al noroeste de Cartago y distante de él como una y media legua de camino llano por el terreno del valle, encontrándose el Cauca de por medio, el cual corre manso y turbio, sirviendo mas abajo de lindero entre la provincia de su nombre y las de la antigua Antioquia. Para salvarlo nos echamos revueltos con el equipaje y las monturas, por entregas de á tres y de á cuatro bultos, á causa de lo pequeño de la canoa. Hace mas de trescientos años que halló el capitán Velasco un puente de bejuco suspendido sobre el Cauca, en el punto de Negueri; el puente desapareció luego; y hoy, después de tanto tiempo, y cuando ya nos hallamos en los del progreso y la civilización, no á lo que se ve, sino á lo que se dice, el Cauca majestuoso y pintoresco, que corre por mas de 200 leguas desde su origen en el páramo de las papas, y que baña cinco provincias de las mas ricas de la Nueva Granada, no tiene, con excepción del de Popayan, muy al principio de su curso, sino como aquel, otro puente de bejuco!

Anserma-nuevo viene á ser como el puerto de aquel océano pendiente de selvas y de montes. Situada al pié de la gran cordillera tendida casi de Norte á Sur, á la altura de 972 metros sobre el nivel del mar, fué el último pueblo del Cauca por donde pasamos. Distínguese con el adjetivo nuevo, de la Anserma ó Santa Ana de los Caballeros, que fundó Robledo hácia 1540, y que está como á 12 leguas al Norte. Es un monton de casas de ruin aspecto. El censo da al canton 1,609 almas: su temperatura media es de 22,6 centígrados, y se encuentra situada en un terreno llano, de mica esquistosa.

Desde Anserma hasta el sitio llamado La Boyca, que dista poco menos de una legua, aunque con sobra de incomodidad, todavía es posible pasar á bestia; dejándolo de ser allí de todo punto, por lo enmarañado del monte y lo desigual del terreno. Hicimos alto en ese lugar, sobre la fresca orilla de la quebrada Cabeceras, que veíamos cruzar en su torcida corriente, veloz, murmuradora y cristalina, como si fuera una sierpe de plata que salía del corazón de la selva. Sentámonos en torno de una piedra tamaña y desigual, mesa lujosa que nos brindaba el desierto, y con una decisión que si honra no, provecho sí nos hizo, despachamos nuestro parco almuerzo de viajeros. A falta de otras, habitamos las copas de nuestros sombreros para libar del mas que generoso, abundante vino que á nuestro lado corría bajo las alas de mil lindas mariposas de variado color, que cerniéndose sobre el cauce del arroyo, en prodigiosa multitud, á la manera de flores volantes, formaban sobre el cristal de las aguas como un velo de gasa tornasol.

En aquel punto debíamos subir sobre nuestros respectivos cargueros, que allí nos aguardaban, el largo bordon en la mano, unos cortos calzados de la cintura al muslo por único vestido, y sin mas apercio que la silla de guadua sobre los lomos desnudos. La escena apenas podía ser menos interesante; sin embargo, por el lado filosófico tenia mas grande significación. Allí estaba la dignidad humana parodiando el servilismo bestial.

Ibamos nosotros para estudiar y conocer el país, por la senda por donde, para devastarlo, venían antes de la conquista los indígenas del Chocó: y no solo llevábamos la senda misma, sino que la hallábamos en el mismo estado, como si apenas estuviera saliendo de ella el salvaje del siglo XIV para que entrara el hombre civilizado del XIX. En trescientos años que llevamos de vida, y yo no sé cuántos de civilización, nada hemos hecho para salvar esa muralla de montes que separa el Eden del Cauca, del Dorado de San Juan.

La silla era una simple armazon, á propósito para echársela uno á cuestras de cualquier modo; y estaba compuesta de dos tablillas como de una vara de largo y algo menos de ancho, formadas de fajas de guadua unidas estrechamente, que al juntarse hacían un ángulo agudo, uno de cuyos lados media todo el dorso del sustentante, mientras que el vértice era de la íntima vecindad de sus cóxis.

Tres anchas cintas de un fortísimo bejuco, una de las cuales ceñía las sienes, y las otras dos, cruzándose, entrambos hombros, sujetaban la silla completamente.

Sobre la tablilla restante, que salía del cuerpo del carguero como una espina, y que estaba sujeta á la otra por dos cuerdas laterales, nos acomodamos sentados como Dios fué servido permitirnos, dejando caer, á no poder mas, los pies sobre un estribo pendiente de la misma silla.

Y nos echamos á andar, mirando mas ó menos hácia arriba, segun que nuestro porta-persona tenia que inclinarse mas ó menos hácia abajo. De este modo tuvimos que consignarnos en cuerpo y alma á la buena fe, y sobre todo á las buenas piernas de unos hombres á quienes ni de vista conocíamos, y en unos sitios que por primera ocasion ibamos viendo el revés, como que al fin cada uno de nosotros no era sino la espalda mirona y pensativa de un animal, semejante nuestro, que habia asumido sobre la suya nuestra respectiva personalidad.

Era de esperarse que desde el momento en que el hombre entraba á refundirse con las bestias, haciendo su oficio, depusiera *ipso facto* toda pretension á aristocráticas categorías. Pero ¿quién ha dicho que no existen estas hasta entre los irracionales? Existen; y las mismas, por tanto, se observan entre los cargueros, los cuales, en cuanto bestias, se dividen en dos clases: los de silla y los de carga, ni mas ni menos que los caballos. Los cargueros de silla llevan gente, los de carga llevan lichigo.

Una especie de cesto de figura cónica, formado con una red de bejuco, cubierta por ambos lados con las anchas y dobles hojas del bihao, y dentro del cual va todo el abrigo de la intemperie, es lo que esdrújulamente se llama lichigo.

Después de hacer tomar la iniciativa á los lichigueros, por un refinamiento de prudencial etiqueta, desfilamos de dos en dos; esto es, de uno en uno con otro encima, formando una procesion *sui generis* de escenas mas cómicas que místicas, y sin mas en cada paso que un santo mártir y un nazareno.

Una vez instalada la persona en la angosta silla, y dada la voz de marcha, hay que entregarse al mas completo quietismo, porque en aquellas veredas desiguales y brenosas, en donde cada paso que se da es una dificultad vencida, el mas pequeño movimiento de la individualidad superpuesta produce una especie de terremoto, que alterando al viandante todos sus cálculos de equilibrio, no le deja dominar la situación, teniendo lógicamente que dar en tierra con entrambas humanidades.

Antes de corridas dos leguas, caminando de Ansermanuevo al O. casi en línea recta, primero por la llanura despejada de los ángulos del valle del Cauca, al pié de los cortos estribos de la gran cadena occidental despende hácia el E.; y después pasando y repasando una quebrada que parece enredada en los piés del viajero, como que llega á perderse la esperanza de verla por última vez, la selva se va haciendo mas tupida, y empieza á treparse la montaña.

Pertenece esta á los terrenos de transición; y tiene su eje principal en la dirección N. NE. A su costado oriental se dilatan, por el lado del N. las tres riquísimas provincias de la antigua Antioquia, cuyos abundantes criaderos de oro están en la misma cordillera, y por el del S. el fértil y hermoso valle del Cauca, de terreno sedimentoso. Mientras que á su costado occidental se extienden las dos hoyas, del San Juan que va al Pacífico, y del Atrato que va al Atlántico; separados sus dos valles de altura desigual, aunque inferior la de ambos á la del Cauca, por el corto istmo de San Pablo, de una legua y mil metros de anchura. Por este mismo costado bajan perpendiculares al eje principal de la cordillera cinco largos estribos, que separan los lechos de cuatro pequeños ríos tributarios del San Juan.

El punto mas elevado de esta dilatada cordillera se halla en los farallones del Citará, á los 3.300 metros sobre el nivel del mar; y aquel por donde íbamos nosotros á atravesar apenas alcanza, en Palo Gordo, que es el de mayor elevación, á 2.465 metros.

Desde el momento en que se penetra en la montaña, va estrechándose el horizonte, no quedando en torno del viandante sino un círculo de bosques impenetrables, donde la mas rica y vigorosa vegetación se ha desarrollado por siglos y siglos, libre como el aire que la circunda.

Pero en aquella aparente unidad de perspectiva siempre de árboles, de palmas, de ramos, de hojas y de flores, se ostenta á las miradas del viajero estudioso la mas extraordinaria variedad, como en el seno opulento de la naturaleza. Allí se ven las gesneráceas con su brillante corola de forma diversa y de variado matiz, con sus hojas cubiertas de vello finísimo, y verdes unas como la esmeralda, sembradas otras de líneas negras, ya del color morado, ya del rojo, ya del de la canela, en su reverso. Hay un grupo de esa familia que se hace notar por las pintas idénticas á las manchas de sangre que tienen, ora en su extremidad, ora en su contorno, ora en toda la extensión de sus hojas. No son menos hermosas las aroideas, que al mecerse sacudidas por el viento parece que hacen ostentación, unas de sus verdes hojas de terciopelo, cruzadas por listas blanquecinas, otras de las hendiduras mas ó menos profundas de su limbo. Bastando haber observado una sola de ellas siquiera para conocerlas á todas, como del número de las que llaman los naturales contras, por el uso que de ellas se hace contra el veneno de las víboras; tal es el lazo estrecho de semejanza con que la naturaleza las ha atado á un solo tipo característico. Son también notables las rubiáceas, y sobre todo las célebres melástomas, de las que deben admirarse tanto las bellísimas flores, como apreciarse el utilísimo tejido leñoso. En esta región las palmas no descuellan por su grande elevación ni por el grosor de su ástil; pero en cambio son mas gallardas, y hay un cierto donaire adicional en sus copas redondeadas como por la mano de un artista, no menos que en sus hojas de un verde brillante y de for-

mas caprichosas, de las cuales la mas elevada y central aparece como la extremidad caudal de un pájaro que estuviera escondido entre las otras.

¡Cuántos vegetales desconocidos especies distintas y hasta familias enteras crecerán profusamente en los senos jamás explorados de esas selvas, que solo conocen el ave que sobre sus árboles vuela y la sierpe que por entre ellos se arrastra! ¡Cuántos tesoros ocultos, que algun día habrán de utilizar el comercio, la industria y la materia médica!

En estas serias consideraciones entretenido el ánimo, veía pasar ante mis ojos las ondas majestuosas de aquel mar de verdura, por entre el cual se distingue lo que se llama el camino. Es una línea tortuosa y profunda que va casi siempre encajonada entre las paredes que le han formado las aguas, que son la única cosa, como decía yo no sé cuál de nuestros vireyes, que en nuestro país nunca va fuera del camino. Por lo general es tan estrecha, que no cabe de frente sino un solo carguero; y en ocasiones baja á una profundidad mayor, ajustada entre las murallas laterales que escurren agua continuamente. Puntos hay en donde la luz penetra con dificultad por entre las ramas que se entretajan extendiéndose del uno al otro borde, formando á la manera de un bosque flotante; mientras que por los recodos de la grieta retumban las pisadas del viajero, que sin poder moverse á ningún lado, va sondeando con su larga vara lo profundo de los fangales que pisa, ó de la corriente, que en la misma ó en opuesta dirección, lo acompaña con tenacidad en su sendero.

De la meditación á que me habia entregado ante la sublime originalidad de aquel espectáculo, del todo nuevo para mí, vino á sacarme de repente un recio golpe que sentí en la cabeza que me ajustó el sombrero hasta los ojos, y que me obligó, aunque faltando á todas las prevenciones de la ordenanza, á estremecerme sobre el carguero, á quien sentí de pronto vacilar y oí que me dijo:

- ¡Cuidao con rebuyírseme, patroncito!
- Me mata Vd., amigo; ¿qué es eso?
- Naa, blanco, is que emos llegao á un agachadero.
- Diga mas bien á un desnucadero.

Entonces él, sin hacer caso de mi apasionada moción de nombres, arqueóse mas como el álamo flexible que dobla el viento; y así pudimos pasar adelante, en donde ya pude conocer quién era el señor agachadero, que por detrás y tan descortesmente se anuciaba. Vi en efecto un grueso tronco cruzado sobre el caño por donde caminaba mi carguero; el cual tronco, sin duda habia hecho ya de las mismas, y las habra seguido haciendo, así como sus numerosos compañeros, á quienes desde que los años ó las tempestades atravesaron sobre el camino, nadie estorba ni disputa el derecho de descalabro, que ejercen sobre los pocos viajeros que por allí transitan.

Los que suelen disgustarse tanto y tanto lamentarse de las que llaman insupportables posadas de nuestros caminos de por acá, en las cuales mal que bien siquiera hay un techo que proteja de la lluvia y el sereno, y mas ó menos pobre hogar donde encender un cigarro, ó calentar la jícara, como dicen los otros, habríanse visto un tanto amargos, si hubieran tenido que pasar como nosotros, algunas noches seguidas en aquella montaña de largas soledades y de inhabitables desiertos.

Dos ó tres horas antes de morir el día, que en aquellas regiones parece mas que día completo, un dilatado crepúsculo, hacia alto nuestra caravana. En el momento, las mas de las veces con toda la fuerza de la lluvia casi constante, se principiaba el levantamiento del rancho, que habia de protegernos hasta la mañana siguiente; operación que era preciso comenzar limpiando, aun cuando fuera con los dedos (únicos instrumentos á propósito que por allí teníamos y los que sin duda estaban mas á la mano), el fango y la maleza del sitio venturoso que nos merecía la atención de ser elegido por lecho para aquella noche; y por cortar del vecino monte las varas, las hojas y los helechos que constituían el solo material que necesitábamos para fabricar nuestro palacio en el desierto. Los cargueros tienen una legislación establecida por uso y costumbre, la cual determina los trabajos de ranchería que son de cuenta de cada uno de ellos, segun sea sillero, lichiguero ú hojero.

Llámase hojero al interesante ciudadano que lleva sobre sus espaldas el techo de la casa, ó sean las hojas de bihao con que aquel se ha de formar. Es el bihao (*Maranta lutea*) una planta de tallo ramoso y lleno de nudos, cuyas hojas nacen de la raíz. Estas son de forma oval y de gran tamaño, como que tienen ordinariamente mas de un metro de largas y como medio de anchas. Su faz inferior está cubierta de una materia blanca y cretácea, que las hace impenetrables al agua.

Sobre la cima de la alta Peña, al declinar el monte ó en el corto valle que entre sí dejan las quiebras de la montaña, se encuentran trechos mas ó menos espaciosos, donde no es tan tupida la selva, que se denominan contaderos, y de los que cada uno es llamado con distinto nombre por los baquianos. Uno de esos contaderos era señalado siempre por término de la jornada.

Al extremo superior de dos estantillos clavados en tierra y con dos ó tres metros de separación se sujetaba una vara, sobre la cual se apoyaban de distancia en distancia otras que se traían desde el suelo, con la inclinación que permitía su longitud. Uníanse estas, con cintas de un bejuco fuerte, tiradas como cuerdas entre vara y vara, y sobre ellas se colocaban las hojas á manera de tejas, prendiéndolas de un broche formado por

medio de una incisión longitudinal en el espeso extremo de su ráquis.

Esto no mas era el rancho Amigos, eso sí, de la comodidad y del buen gusto, altombrábamos siempre su pavimento con hojas y helechos un poco húmedos, seguramente por lo descubierto que se halla el monte. El frente y los dos costados quedaban libres para facilitar la ventilación y dejar franca entrada á la plaga, nuestro único y amable cortejo.

Al pié del rancho se encendía la hoguera, y amontonados á su alrededor, procuraba el uno secar su modesta camisa, el otro asar ligeramente el maduro para mas ligeramente devorarlo, y el de mas acá, en cuclillas ya casi sobre las brasas, detener el calor vital que parecia que se le escapaba con el alma en cada uno de esos íntimos y prolongados suspiros, llamados bostezos en el lenguaje prosaico.

Como no puede caminarse por día mas de legua ó legua y media, hasta la cuarta jornada no se llega al Zancudo, lugar de nombre siniestro, distante cinco leguas y media de Ansermanuevo. Allí encontramos por primera vez casa en la montaña, edificada sobre horcones, poco mas de un metro sobre el terreno. Plátanos eran todos los artículos de venta que se encontraban allí.

Poco menos de una legua adelante, corre la Quebrada de las Cuevas, que separa por aquel lado la provincia del Cauca de la del Chocó. Allí el clima es ya cálido; como que la Quebrada apenas tiene 1,454 metros de altura sobre el mar.

El río Ingará nace de la rama principal de los Andes occidentales, al S. de las fuentes del Tamañá, é inclinando entrambos al SO. en su curso torrencioso, van á unirse en el punto llamado Juntas, siete leguas al E. de Nóvita. Cuatro leguas antes de esta confluencia se pasa el Ingará por un puente de guáduas, donde es todavía corriente, por el fuerte declive de su cauce de piedras, en la cuesta de los estribos que se desprenden de la alta cordillera, para ir á perderse en el profundo valle de San Juan.

El puente sobre el Ingará merece, por cierto, una mirada del viajero. Atados fuertemente á los troncos de gruesos y altos árboles, como á un metro de altura sobre las barrancas laterales, atraviesan el espacio por debajo del cual ruedan estrepitosamente las turbias y espumosas ondas del río, dos cuerdas ó cables formados de cintas de bejuco torcidas y trenzadas, de gran resistencia, separados entre sí como una y media varas, y corriendo paralelos de orilla á orilla. Hállanse además sostenidos estos cables por otros que los sujetan superiormente al ramo corpulento, que lanza hácia el medio, casi horizontalmente, un árbol tamaño, nacido como á propósito en el borde del abismo. Sentada en el estribo natural que le brinda una gran piedra que sobresale en una de las márgenes, se extiende por la parte inferior, y paralela también á las cuerdas de bejuco, una barbacoa formada de guáduas, apoyada de un alto horcon, desde el cual se continúa hasta el opuesto lado, por otras cañas de la misma planta, unidas y añadidas para alcanzar á medir toda la anchura del cauce. Las guáduas están trabadas por la parte inferior, mediante algunos travesaños poco separados entre sí y estrechamente sujetos á ellas por dobles ataduras. A cada una de las extremidades de estas sólidas fajas transversales, por un costado y por otro, viene á juntarse una vara que baja en derechura del respectivo bejuco, al que abraza por medio de una bifurcación ú horqueta que tiene en el cabo superior. Estas varas, que constituyen como una baranda á entrambos lados del puente, sujetan á este á los bejucos que sostienen su peso, y le dan el aspecto de un balcon aéreo que se arquea como una hamaca sobre las aguas, bajo las plantas del transeunte. En el paso del Ingará el calor es ya sofocante. La altura del puente es solo de 243 metros.

El punto llamado las Juntas del Tamañá, viene á ser el centro hidrográfico, al cual convergen las aguas de una superficie de cerca de sesenta leguas cuadradas, reunidas al SE. por el río Havita, al SO. por el Suramá, que desaguan ambos en el Ingará, y al NO. por el Tamañá que se reúne en las Juntas, sin contar el Irabubú, cuya confluencia tiene lugar mas adelante, también por el NE.

SANTIAGO PEREZ.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Tipos haitianos.

Es muy difícil presentar tipos del pueblo haitiano sin que se tomen por caricaturas; pero en esta ocasión podemos asegurar á nuestros lectores que nuestros dibujos están copiados del natural por un artista francés que ha permanecido bastante tiempo en el país; por consiguiente respondemos de su fidelidad y vamos á describirlos.

El primero representa un almuerzo de *petits mondes*. Sabido es lo que en Francia quiere decir « gran mundo, » y quizá se podría imaginar aquí que *petit monde* tiene el sentido, por oposición, de gente pobre. Sin embargo, pequeño ó grande, el sentido es mas limitado en Haití que en Francia, y se aplica solo á las cosas materiales. Los *petits mondes* son pues los niños. Segun esto el gran mundo debe ser muy considerable en el país, lo cual nos conduce á decir algunas palabras sobre « la lengua amarilla. »

Esta lengua es una especie de dialecto criollo, compuesto de palabras francesas, la mayor parte de ellas de

viadas de su significacion primitiva. Como los haitianos frecuentan las relaciones de los marineros, han tomado del enérgico vocabulario de estos una porcion de expresiones que han introducido en la conversacion corriente, y así sucede que emplean términos náuticos para hablar de las cosas terrestres mas comunes.

Volviendo á los *petits mondes*, en nuestro dibujo se ve un ejemplo de la civilizacion haitiana. Sin duda por respeto á la libertad individual esas pobres gentes dejan acercarse á los pavos y á las gallinas que se consideran con derecho á una parte en la comida que están haciendo. Una muchacha negra trae á los chicos algunos mangos y cazave en una calabaza. La cazuela encarnada contiene agua que debe servir para mojar la harina de maíz cocida.

En el segundo dibujo se ven una mulata y una cuarterona. Las cuarteronas son, despues de las mestizas, las que mas se aproximan al color blanco. El decir que esto las lisonjea, no es decir nada nuevo. No hay una mulata que no se crea infinitamente superior á una blanca.

Estas mulatas suelen ser hermosas, y por lo comun son robustas y bien configuradas.

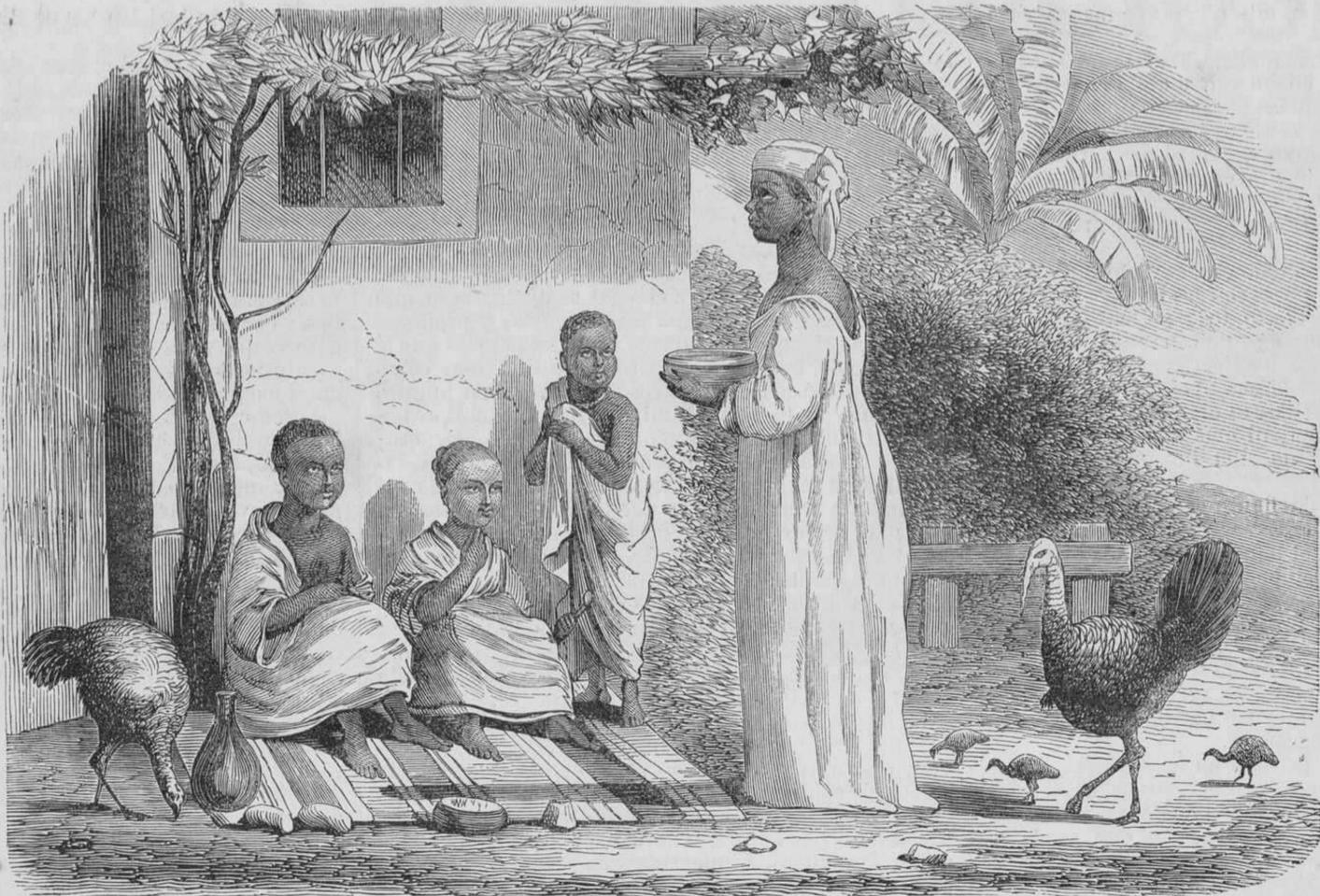
La aficion á los adornos es mas exagerada en esta raza que en todas las restantes. En ninguna parte tienen las mujeres una ropa blanca mas hermosa. El madrás

que gastan es siempre muy fino, y la batista es lo único que admiten las ricas. No criticamos este gusto; pero si decimos que es soberanamente ridículo ver los colores encontrados con que piensan engalanarse. Cada cosa puede ser buena en particular; pero el conjunto de su traje atestigua que ni por asomos conocen lo que es gusto. Todos los artículos son de procedencia francesa, desde el zapato fino hasta la sombrilla bordada y guarnecida de franjas. Los vestidos de cola que arrastran en el polvo las mujeres representadas en nuestro dibujo, solo están permitidos á las damas muy encope-

Ya que estamos en la calle, no será inoportuno decir que los cerdos se pasean por ellas con entera libertad desde por la mañana hasta por la noche, buscando su alimento en la basura. A veces se les encuentra tambien durmiendo perezosamente al sol. Por lo demás, ellos están encargados de la limpieza en Puerto Príncipe, y merecen grandes elogios por los servicios de salubridad que prestan á esa ciudad tan populosa. Añadiremos para concluir que esos interesantes cuadrúpedos tienen el color negro mas reluciente y hermoso que puede verse.

tadas. Se ven colas mucho mayores; el largo mas ó menos grande de este apéndice es la señal de la categoría de la que le lleva.

El tercer dibujo figura una calle de Puerto Príncipe. En todos los países las mujeres tienen el defecto de ser charlatanas (hablamos de las mujeres del pueblo), y en Puerto Príncipe como en otras partes se reúnen en grupos delante de las puertas de las casas para tratar de la desgracia que acaba de suceder, de la muerte del vecino y de otra porcion de cosas todas tan interesantes como estas. Sus chicos las siguen siempre; ellas les demuestran la mayor ternura, y los muchachos las hacen desde muy niños una porcion de servicios de que serian incapaces á la misma edad nuestros niños. Pero preciso es decir tambien que á los diez años cesa la niñez en ese clima tan cálido.



TIPOS HAITIANOS. — ALMUERZO DE LOS PETITS MONDES EN HAITI.



MULATA Y CUARTERONA.



COMADRES DE PUERTO PRINCIPE.